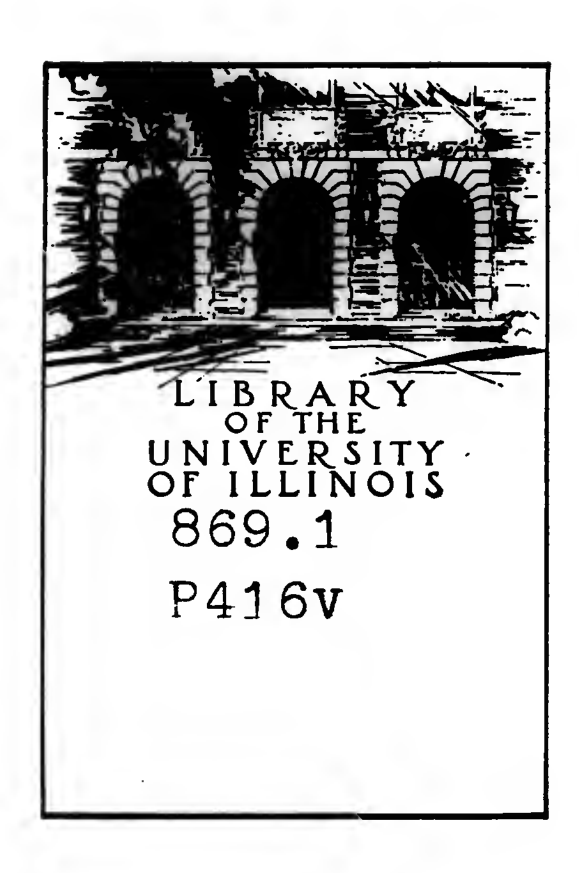






Versos de Juventud

POR

BENITO JAVIER PEREZ VERDIA

PROLOGO DE

José López Portillo y Rojas



IMPRENTA Y CASA EDITORIAL DE FORTINO JAIME
MORELOS 487
GUADALAJARA, JAL.
1922

PROLOGO

Este librito contiene las producciones poéticas de uno de los jŏvenes más inteligentes, ilustrados y buenos que conozco, y cada una de ellas es la expresión de ideas elevadas, sentimientos exquisitos y visiones artísticas de ideal belleza. Todo lo grande y respetable que hay en la vida, el amor, el dolor, el culto del hogar, las añoranzas del bien perdido, los suspiros por el bien que se desea, todo eso se encuentra vaciado en este corto volumen, que es como un joyero henchido de piedras preciosas. Si amar a los padres, venerar su memoria y recordar los tranquilos dias de la infancia con cariño y melancolía, es tener alma de poeta, tiénela a no dudarlo, Benito Javier Pérez Verdía, porque sus versos no son combinaciones métricas ociosas, ni exotismos pedantes, sino música de verdad y de hondos suspiros brotados en la dura brega de la vida. Si amar a la patria, cantar sus glorias y ensalzar a sus héroes es tema de bardos viriles, Benito Javier Pérez Verdía merece el nombre de cantor de México, porque en sus poesías hay aliento tirteico y arde con viva llama el fuego del amor patrio. Si tener los ojos siempre abiertos a la percepción de las bellezas que nos rodean en el cielo y en la tierra, y atentos los oídos a la de todas las armonías que vagan por los aires, es poseer temperamento de artista, forzoso es confesar que Pérez Verdía posee tal temperamento, porque sus estrofas, como espejo mágico, reproducen las galas del mundo y sirven de eco y resonancia a todas las voces de la vida, como caja armónica de misteriosos sonidos.

Me siento hondamente conmovido al recorrer estas páginas porque veo consignados en ellas, afectos profundos y delicados, anhelos santos y puros, dolores inolvidables y amores eternos; y me he dicho para mí que, cualesquiera que sean los reparos que espíritus meticulosos puedan poner a esta colección de odas y elegías, siempre hallará en el fondo de ellas el lector de corazón, un gran tesoro de belleza psíquica, cuyas excelencias estriban más en la esencia de las ideas que en los accidentes y detalles de su expresión. Soy del número de aquellos que buscan siempre el alma de las cosas y prefieren el oro puro de la verdad a los falsos oropeles de la mentira. La vana y jactanciosa palabrería que nada dice a la inteligencia ni al sentimiento, me produce una impresión inexplicable de tedio y tristeza: pero las voces del amor amor, del dolor y de la esperanza que brotan de lo más hondo de un pecho generoso, conmueven también el mío y trasportan mi espíritu a elevadas regiones de ensueño, recuerdos y suspiros.

Quien desee saber cómo se ama el hogar, cómo se rinde culto a la belleza y cómo se venera el suelo donde se ha visto la primera luz, por una alma buena y alta, abra este libro y solácese con su lectura, porque los versos que aquí bullen y cantan, son obra de una juventud fuerte y generosa, valiente y dulce, cuya inspiración es comparable a un delicioso amanecer lleno de alburas, heraldo luminoso de un día radiante de gloria.

José López Portillo y Rojas.



Dedicatoria

¡Oh madre idolatrada! con dulzura infinita
A balbucir tu nombre, de niño me enseñaste;
Y aprendí tus lecciones con presteza bendita
Y ese nombre en mi pecho para siempre gra-
(baste!

Después, cuando la muerte me quitó tu ternura
Y en las luchas aciagas al partir me dejaste
Sin timón y sin remos en un mar de amargura,
Viviendo en mis recuerdos ¡oh madre! te que-
(daste.

Este libro en que canto mis anhelos de gloria,
Mis amores, mi patria, mi esperanza y mi histo-
(ria,
Quiero a tu nombre santo, como mística ofrenda
Consagrar, madre mía, cual un símbolo leve
De gratitud inmensa que hasta el cielo te lleve
Una flor de cariño que a tu pecho se prenda!

Se repite la Historia....

(A la memoria de los Alumnos de la Escuela Naval, muertos el 21 de abril en Veracruz)

Se repite la Historia y el pasado revive,
Las leyendas retornan para ser realidades;
Nuestra raza es la misma de las viejas edades
Y en campaña la muerte como lauro recibe!
El espíritu heroico de Cuauhtemoc aún vive
Y las almas gigantes de los niños cadetes
Que en el bosque murieron de los mil ahuehuetes
Encarnaron gloriosos en Azueta y Uribe!
¡Oh cachorros altivos de fiereza indomable
Que en la entrada caísteis de la gruta inviolable
Do flotaba la enseña de la Patria bendita;
En el prólogo triste de la santa contienda
Vuestra sangre en regueros nos señala la sen-
(da....!
¡Y esa sangre en las venas de una raza palpita...!

El Rey Galán....

El Rey Galán que de gascón blasona
Cual nadie en los combates atrevido
Y de las damas trovador rendido
Cuyo honor es la cruz de su tizona;
Enrique Cuarto, el inmortal navarro,
En rudo lance por ganar un beso
A su estrella debió salir ileso
Y el trono arriega con desdén bizarro
Con tal de disfrutar la dicha breve
De besar rostros de jazmín y nieve....
Y en éxtasis de amor la soberana
Belleza núbil cual fragante lirio
Oprime en su romántico delirio
Mientras cuélase el sol por la ventana....

La Cita

Sube el doncel por el balcón estrecho,
Julieta aguarda a su galán ansiosa;
Oprímelo en su seno ruborosa
Y siente el corazón saltar del pecho....
Mil promesas dulcísimas desgranan
Entre sus brazos los amantes presos,
Tiernas sonrisas y divinos besos
En el idilio de su amor hilvanan!
Llegó el instante de partir....Romeo
Busca atrevido su gentil trofeo;
Tiembla la escala de crujiente seda,
Un beso estalla en la quietud nocturna,
Y una tímida lágrima en la urna
De las pupilas de la virgen rueda....!

Lirio de Sión

(A mi hermana Carmen)

Ocúltanse tus ojos bajo la blanca toca,
En el sayal humilde tu corazón ha muerto,
Para el placer del mundo es una enhiesta roca
Y sólo para Cristo lo guardas siempre abierto..!
En justo desagravio levántanse tus preces,
—Oasis delicioso del árido desierto—
Y en tus fervores puros a tu Señor te ofreces
Como sellada fuente del sacrosanto huerto!
Engarzas tus plegarias cual místico rosario,
Por las enfermas almas elévase tu acento
Y piadosa te acercas a divino sagrario;
Eres flor transplantada del hogar que dejaste,
Tu virtud es aroma que perfuma el convento,
Botón de rosa fuiste y en lirio te trocaste......

Colón

Colón fletó animoso la frágil carabela,
Con fe su empresa pónela al pie de los altares
Y en busca de otros mundos audaz se dió a la vela
Con el timón en rumbo de procelosos mares.
Fué su genio en la pugna de arrancar el mis-
(terio
Al Arcano, la antorcha que alumbró el Occidente,
A cuya luz las costas del ensoñado Imperio
Surgieron perfilando la faz de un Continente.
El genovés bizarro su pie en la arena pone:
Del Reino de Castilla el héroe esclarecido
Sobre la tierra virgen el estandarte impone
Doblando la rodilla con gesto reverente
¡Y el mar besó las playas cual gladiador vencido
En la contienda heroica por el genial vidente!

Waterloo

La muerte es la señora de la feroz batalla
Los coraceros yacen al pie de sus cañones,
El campo es un torrente de sangre y de metralla
Y luchan contra el cielo las gálicas legiones.
El Jefe de la Guardia su cólera redobla
Lanzando una blasfemia; y en su ímpetu sublime
La espada que se quiebra pero jamás se dobla
En su heroísmo el prócer al sucumbir esgrime.
Fué el drama formidable de intensidad que
(asombra:
El drama de la lucha de un Astro con la Sombra,
De un Sol que al Universo cegara con su lumbre;
Y en el ciclón tremendo que le obstruyó su paso
De su cenit de gloria desde la enhiesta cumbre
Hasta el peñón cayera que contempló su ocaso!

Cuauhtemoc

Bebiste con tu pueblo la amargura
De la dominación; fiero y desnudo,
Alzaste al esplendor de tu bravura
Sobre tu raza el pecho como escudo!
Tu imagen que es un símbolo, fielmente
El lienzo copia de la santa enseña:
Es el águila audaz que la serpiente
Sobre el nopal histórico domeña!
Poseyeron tu reino, mas el fuerte
Espíritu ancestral quedó cual roca
Inconmovible ante la adversa suerte;
Y en el prólogo trágico de América
Tu sonreír en el tormento evoca
Un episodio de la Iliada Homérica!

Juarez

Ni fracasos, traiciones o derrotas
Impidieron tu marcha hacia la cumbre:
Nunca extinguióse de tu fe la lumbre
Viendo a tus pies las ilusiones rotas!

Fuiste luz, adalid, cerebro y guía,
Y en el esfuerzo por lograr tu idea
De la sagrada libertad la tea
Entre tus manos sacudiste un día!

Duro fuiste y tenaz, hasta inhumano,
Con el Emperador Maximiliano;
Mas no su muerte te movió a dictarla
El odio, ni el rencor, ni el vil encono:
La Patria era preciso cimentarla
Sobre el sangriento escaño de su trono...!

Venganza Histórica

El guerrillero Bravo su fortaleza abate,
Su padre ha sido muerto con negra felonía,
Y el hijo los fragores anhela del combate,
Pensando que la infamia con sangre lavaría!

Trescientos prisioneros tras de la ruda brega
A muerte los condena Morelos indignado,
Y a la justa venganza del prócer los entrega
En crueles represalias del pérfido atentado.

Mas Bravo generoso, con máxima indulgencia:
«Así son las venganzas de jefes insurgentes»
Les dijo a lo cautivos; y en libertad dejóles;
Y ante el sublime rasgo de insólita clemencia
Inclínanse en silencio, doblándose sus frentes
Absortos del caudillo los presos españoles....!

En mi Relicario

Con reverencia llevo como un sagrario
De mi cuello pendiente mi relicario;
Y en él de mis recuerdos guardo el tesoro:
Un puñado bendito de granos de oro
Que forman el emblema de mis amores
Un compendio adorado de mis ternuras,
De inmutables afectos y de venturas,
De tristezas muy hondas y de dolores......

En él se encuentran juntos dos rizos bellos
Y es de amor un poema cada uno de ellos:
Uno sedoso y rubio que me embelesa
Es recuerdo sagrado de una promesa,
Talismán adorable que de la ausente
Noviecita la imagen trae a mi mente!

Cuántas horas de dichas, de remembranzas,
De ilusiones, de encantos y de esperanzas!

Cuántos dulces instantes pasé a su lado,
Contemplando sus ojos apasionado,
Cuántas veces en ratos de dulce calma
Inundarse sentimos de dicha el alma!
Por eso de mi novia los hilos de oro
De ese bucle adorado son mi tesoro!

El otro tiene en cambio su historia triste
De una persona amada que ya no existe!
Entre los negros hilos de aquel cabello
Luce el gris de las canas como un destello
De plata refulgente y ante ese cano
Pelo que emblanquecieron penas temprano,
Reverente me inclino y ante Dios oro,
A ese Dios que me hiere beso la mano
Y oprimido de angustia recuerdo y lloro...

De mi padre es cabello que cual santuario
En el fondo conservo del relicario;
Y un hogar me recuerda que se ha destruído
Y un amor apacible que ya he perdido......
Sombra, consejo, amparo, ya nada queda,
Está la noche oscura y en mi vereda
No tengo ningún guía; todo está incierto
Y mi vista columbra sólo el desierto......

Por eso cuando entreabro con amargura
El relicario y miro con gran ternura
Las dos reliquias santas que tanto adoro

Dolorido sollozo, suspiro y lloro,
De mil suaves recuerdos mi alma se llena,
Y una lágrima funde como cadena
Esos caros emblemas; y en mi embeleso
En la lágrima enjoya mi amor un beso!

Pinceladas

(Frente a San Vicente)

Clavado en medio de la ruda peña
Dande encontrara su inviolable amparo,
Álzase audaz, como gloriosa enseña
En San Vicente un faro.

Refléjase su luz en las tranquilas
Aguas que duermen en profunda calma,
Como asoma en la luz de tus pupilas
La belleza de tu alma......

Allá a lo lejos la graciosa isleta
Recortaba el azul del horizonte;
Y a modo de fantástica silueta,
Él rocalloso monte

Resaltando su mole en la ladera,
Atraer tus miradas pretendía;

La «Cabeza de Washington» austera, (1)
Benévola reía......

Y la luna que plácida alumbraba
El mar inmenso con su luz fulgente,
Sus rayos amorosa desviaba
Para besar tu frente......

---

(1) Los picachos de la montaña forman una figura, que por su parecido es conocida con el nombre de "Cabeza de Washington."

Tu Voz

Tu voz es armoniosa cual murmullo
De arroyuelo que juega entre el mullido
Lecho de césped; dulce como arrullo
De paloma que canta junto al nido,
Leve cual rumor que hiciera el ave
Cuyas alas rozasen la laguna,
Apacible como un acorde suave,
Soñadora como un claro de luna......

El alma tuya que el amor inflama
Se revela paréceme en la gama
De notas inefables de armonía;
Y tu voz es el vino que se escancia
En la diáfana copa de poesía
Y embriágame con mística fragáncia......

La Verónica

Reina horrible ansiedad; el pueblo entero
Agólpase camino del Calvario,
Y arrastra Jesucristo solitario
El peso enorme de su vil madero!

Baña el sudor la ensangrentada frente,
Andando se abren las heridas santas
Y con las hieles de amarguras tantas
Jesús exhausto en su dolor se siente!

Asoman llagas en la piel desnuda
¡Y nadie ofrece a su martirio ayuda!
Hasta que una mujer deshecha en llanto,
La faz enjuga desolada y pía,
¡Y en el lienzo con que ella lo cubría
Estampóse aquel rostro sacrosanto!

El Fin de un Reino

El monarca los fúnebres peldaños
Del cadalso subió; la vista tiende
Sobre la multitud; y el pecho hiende
La espina de sus crueles desengaños.

A su pueblo con harta pesadumbre
Quizo hablar; y apagaron sus clamores
El redoble de bélicos tambores
Y el aullido de airada muchedumbre!

El rey humilde la cerviz inclina
Al golpe de inhumana guillotina,
—Que muerte tal la Providencia plugo—
Lanzó el acero criminal destello,
Y la sangre caliente de su cuello
Manchó la cara del feroz verdugo...!

Una Antigua Leyenda

Me contaron la historia de una linda princesa
De blancura de mármol y de labios de fresa,
De cabellos sedosos y pupilas obscuras
Y sonrisas graciosas, cristalinas y puras...
Y esa linda princesa que habitaba un castillo
De elevadas almenas y de enorme rastrillo
con su puente colgante y altivos torreones
Y en el centro el escudo de gallardos blasones,
Era encanto y orgullo de su noble condado;
Y la dama guardaba cual tesoro sagrado,
Que por nada cambiara, como regio amuleto
De su rara aventura prodigioso secreto,
Un magnífico trébol de cuatro hojas, que solo
Entre esbeltos rosales la princesa encontrólo,
Y su mano pequeña lo cortó presurosa
Con certeza profunda de volverse dichosa...

. . . .

Y la historia asegura que brotó la alegría
En el viejo castillo desde el mágico día
Del hallazgo del trébol semi-oculto entre flores;
Y la pálida joven en su nido de amores
Vió crecer el encanto de su rara hermosura,
Más gallardo su cuerpo y en su tez más blancura,
Sus cabellos más suaves y sus labios más rojos
Y más luz en las niñas de sus cándidos ojos...!

....

¡Oh la dueña galana de este álbum que escribo
Donde grabo mis versos y una honra recibo:
Esas hojas del trébol de la linda princesa
De blancura de mármol y de labios de fresa,
Me parecen las letras de tu nombre gracioso,
De tu nombre divino que es emblema precioso
Del destello adorable que tus ojos desprenden
Como estrellas de amores cuyos rayos esplenden
En la dulce penumbra de pestañas de seda
Y el fulgor de esos astros enredado se queda
En los hilos suaves, cual sutil terciopelo
Que circundan amantes tus pupilas de cielo...!

....

¡Oh gentil princesita de acabada hermosura,
Como rosa tan bella, como lirio tan pura:
Que tus ojos tan negros de destello divino
De tu vida iluminen con su luz el camino...!

Carga de Caballería

La sábana de nieve centellea
Herida por el sol... a grandes trechos
—Despojos de la bárbara pelea—
Proyectan los cadáveres su sombra,
En sangre tintos los helados pechos,
Sobre el blancor de la nevada alfombra.

A lo lejos percíbese el tremendo
Resonar del cañón; y en el estruendo
Se distingue el confuso vocerío
Que se leva del viejo caserío
Como una imprecación contra del cielo
Rabia y dolor a un tiempo, cual aullido
Que formara el rugir de león herido
Con el fiero bramar de bestia en celo...

De pronto en el confín del horizonte,
Cual torrente impetuoso que del monte

Baja rugiendo y destrozando breñas
Y arranca de sus bases a las peñas,
Así avanza una mole en la llanura
Y a su paso la tierra se estremece,
Y la columna como mancha oscura
Se ensancha, ondula y formidable crece!

Locos de espanto los corceles vuelan
En apretada confusión; desnudas
Al sol brillan las lanzas puntiagudas,
Y los jinetes en su afán anhelan
O morir en el trágico combate
O arrollar en salvaje acometida
Poseídos del vértigo homicida
A las huestes que aguardan al embate...!

Desplómanse las filas; los guerreros
Ruedan en medio de encharcada nieve
Pero el desorden se repara en breve
Y se ahogan sus gritos lastimeros
Triturados los cuerpos por los callos
De hierro de millares de caballos,
Mientras la masa en su brutal empuje
Destroza, huella, se retuerce y cruje,
E impávida prosigue en su heroísmo
Su carrerra fatal hacia el abismo...!

Arma Virumque Cano

América tres siglos bajo el poder hispano
Despertó de su sueño al clamor soberano
Que estremecer la hiciera del Septentrión al
(Ande,
Y al fragor del combate que a los vientos se ex-
(pande
Agrupáronse pueblos en legiones heroicas
Que el peligro desdeñan y se ofrecen estoicas
¡A sellar con su sangre como místico anhelo
La libertad bendita de su nativo suelo!

Una década justa requirió aquella hazaña
De hacer un Continente de autónomas naciones
Arrebatando un mundo del pabellón de España:
Y en mitad del estruendo de la recia campaña,
Sobrepujando el fiero rugir de los ciclones,
Sobre sus pedestales graníticos se alzaron

Entre cumbres enhiestas, con ansias de titanes,
A escupir contra el cielo su rabia los volcanes,
¡Y en gigantesca antorcha de libertad trocaron
Sus cráteres batidos al choque de huracanes!

Allá en Anáhuac fueron Hidalgos y Morelos,
Matamoros y Allendes los héroes que abrigaron
En el fondo del alma los ínclitos anhelos
De libertar a un pueblo a costa de sus vidas
—En nobles holocaustos a México ofrecidas—
¡Y dejar un legado de patria a sus hermanos
Para hacer de esa Patria nación de mexicanos!

¿Qué espíritu les mueve? ¿Qué fuego les alien-
(ta?
¿Qué visión del futuro les deslumbra y fascina?
¿Qué poder misterioso les lanza a la tormenta?
¿Qué foco de esperanza sus pasos ilumina?
¿Por qué sus vidas dieron en aras de una idea?
¿Por qué arrojar el guante al poderío español
Y no medir siquiera la desigual pelea
Y sucumbir sonrientes con la cara hacia el Sol?

Es que el pueblo les sigue, es que el pueblo
(les ama
Y anhela que rediman su condición de esclavo,
Es que el pueblo sufrido sus libertades clama
Y espíritus anhela del temple de los Bravo
Y vigorosos brazos que arranquen sus cadenas,

Caudillos vinculados en sus profundas penas
Que le muestren con gusto varonil el camino
Para volverse el amo de su propio destino
Y conquistar la meta que sueño parecía:
EL IDEAL SUPREMO DE SU SOBERANIA!

¡Mártires de la patria, invictos fijodalgos,
Videntes soñadores, cruzados de la gloria,
Vosotros, los Morelos y Áldamas, los Hidalgos,
Que al pueblo encaminásteis con rumbo a la victoria
Sin haber vislumbrado la luz de promisión
Ni cumplido el milagro de la liberación;
Vosofros, que caísteis en medio de la senda
Y así santificásteis la trágica contienda,
Vosotros que en el cielo de la nueva nación
Uno a uno engarzásteis cual diamante una estrella
Descansad a la sombra de vuestro pabellón,
Porque la Patria es ángel que de los cielos baja
Para besar la frente de quien murió por ella,
Laurel ciñe a sus sienes a guisa de mortaja
Y las gotas de sangre que brotan de la herida
La Patria entre sus manos recoge agradecida
Para volverlas oro... ¡y así escribió en la historia
Con vuestra sangre mártir en oro convertida
Los nombres de vosotros prendidos a la gloria!

Per Aspera at Astra

Comprendiendo la pena que en mi pecho rebosa,
Has querido, oh señora! consolar mi amargura,
Y apagar una herida con la miel de una rosa,
Y poner una estrella con amante ternura
En la noche que reina tempestuosa y oscura
Desplegando sus sombras sobre el triste camino
Escabroso y extraño que trazóme el destino!

Y «per aspera at astra» murmuraste confiada,
Y esas frases me diste como un mágico emblema,
Como luces de un faro que me guíe en la jornada
Y me aliente y dé fuerzas en la lucha suprema,
Como báculo firme donde apoye mi mano
Cuando vuelva la espina del dolor inhumano
A clavarse en el alma, y otra zarza me hiera,
Y otra pobre esperanza en mi pecho se muera...!

¡Oh señora! mil gracias por tu amante ternura,
Por el bálsamo suave que en mi herida vertiste,
Por las dulces palabras que a mi oído dijiste,
Por tu voz que me alienta y a la postre me augura
Tras de ruda jornada la llegada a la meta
Y después de tormentas una calma completa!

Con mis penas al hombro como cruz, peregrino
Soy, señora, y a medias tengo andado el camino;
Miro atrás y contemplo de mi sangre los rastros
Que mis plantas dejaron al pisar las ortigas,
Mas sintiendo el consuelo de tus frases amigas
Miro arriba y más cerca me parecen los astros...!

Al Separarnos

Ya casi al separarnos... ¿te acuerdas, vida mía?
La visión de la ausencia perturbó nuestros sueños;
Y opacaban ternuras, ideales y ensueños
Las tinieblas cercanas de la noche sombría...

Entonces murmurando suavemente a tu oído
Mi promesa, quedaron con cadena de flores
Para siempre enlazados nuestros dulces amores;
¡Y sonriendo pensamos en un cálido nido,
—Esperanza gloriosa del divino futuro—
Y en la noble belleza del ensueño más puro
Cuando luzcas el velo de gentil desposada
Y despeje tu senda de zarzales y abrojos,
Reflejando en mis ojos el fulgor de tus ojos
En el casto poema de una dulce mirada...!

Como en Tiempos Galantes...

Como en tiempos galantes los heraldos cantaban
La gloriosa epopeya de bizarros torneos
Y el honor de sus nombres en la lid empeñaban
Los hidalgos y duques de gentiles arreos,
Combatiendo esforzados por la dama fermosa
Que premiara los botes de la lanza más diestra
Con la suave sonrisa de su boca de rosa
Al galán más valiente de la ruda palestra;
Y en las épocas nobles de felice memoria
A los pies de una dama radicaba la gloria,
Y chocaban por ella los templados aceros,
Festejando en las justas el lucir de sus ojos
Que brillaban temblando con temblor de luceros,
Y el matiz de sus labios, perfumados y rojos.

II

Así soy el heraldo de las justas presentes,
En que miden su ingenio los galanos poetas,
Al cantar sus laúdes con estrofas ardientes
Tu bondad que es aroma de fragantes violetas,
La dulzura exquisita que en tu seno rebosa,
La belleza de tu alma, la soberbia hermosura
Que en carmines se enciende de tu faz ruborosa
Y el divino alabastro de tu frente tan pura.

¡Entrad pues a la liza, trovadores y bardos
De ideales y ensueños paladines gallardos:
Que broten de las liras endechas y canciones
En el álbum escritas de la hermosa doncella
Que a sus dulces miradas doblegó corazones
¡Y es retoño de rosa y es fulgor de una estrella!

La Historia de Juan de Flandes

(Del pequeño poema en prosa del ilustre JOSE ENRIQUE RODO).

A su rudo trabajo Juan de Flandes debía
Su sencilla abundancia y su sana alegría,
La heredad de su campo era el rico tesoro
En el cual las espigas como mieses de oro
Como un mar se encrespaban con el soplo del viento;
Juan de Flandes dichoso su casita cuidaba,
Ni envidiado de grandes, ni tampoco envidiaba
La riqueza insolente del vecino opulento;
Y tras rudos esfuerzos satisfecho veía
Que su justa ganancia poco a poco crecía...

Una noche...en el seno de su hogar disfrutaba
Su tranquila ventura...su mujer ordenaba
En la mesa un manojo de las flores del huerto
Y los dos pequeñuelos—del hogar esperanza—

Sus cabellos rizados sobre un libro entreabierto
Inocentes mezclaban; el fiel perrro dormía
Y ante el cuadro completo de tan dulce bonanza
Juan de Flandes gozoso sin notarlo reía
Y a su Dios el labriego con fervor bendecía...

Alguien toca a la puerta...sin recelo ninguno
Deja Juan que entre en casa un extraño importuno:
Mocetón desdeñoso, pelo rubio y facciones
Hermosas aunque altivas:—Señor, dijo el intruso
Me ofendió su vecino; de nuestras relaciones
Amistosas espero me permita hacer uso
Del desván de su casa y matar al vecino.

Con desprecio y asombro miróle el campesino;
—Para mí son ajenos—replicó—sus agravios;
Corra usted el peligro que el vecino esté alerta
Y cortés Juan de Flandes con sonrisa en los labios
—Buenas noches—le dijo, señalando la puerta.

Irguió su altiva frente con rabia el forastero
Y el pecho a Juan de Flandes clavóle traicionero
Con su puñal agudo de temple florentino;
El perro murió al lado de su amo el campesino,
Y el homicida brazo cayó rasgando el seno
De la mujer que opuso con ademán sereno
Su cuerpo inerme y débil al bárbaro asesino
Como una noble valla, como sagrado muro
Do debiera mellarse hasta el hierro más duro...

Sin embargo el intruso satisfecho no estaba,
La sangre femenina recrudecióel impulso
Del invasor aleve, quien pálido y convulso
En el hogar violado más víctimas buscaba,
Y los niños inermes que sus brazos tendieron
Impetrando clemencia, a los golpes cayeron.

En la lucha siniestra la lámpara volcóse
Y el fuego al edificio comunicó su llama
Aumentando el espanto del fatídico drama;
El invasor en tanto sigiloso arrastróse
Por ajenos tejados para herir al vecino
A quien salvó la vida el noble campesino
A costa de la suya y del hogar deshecho;
Y en el silencio augusto de la espantosa noche
Contestaba el intruso tan tremendo reproche:
—«Pasar necesitaba y ese era mi derecho!»

Crepúsculo

En el Mar.

Leve luz del crepúsculo alumbraba
La masa de las aguas que dormían;
El rumor se escuchaba
De las olas surcadas que gemían
Cual si alentara en su gemido un alma.

La luna, roja, levantóse luego
Con majestuosa calma
Como un enorme corazón de fuego;
Y osténtase en el cielo esplendorosa,
Plateando los bordes de la nube
Que a su altura orgullosa
Para ocultarla a las miradas sube....

A Miranda

(Cuyos restos no han podido ser hallados para darles sepultura en Venezuela).

Allí está tu lugar: junto a Bolívar
Él apóstol, tú, mártir de una idea,
Hermanásteis los dos en la tarea,
Y ambos bebísteis de su amargo acíbar.

Allí está tu lugar: la patria espera
Hallar tus restos en solar ajeno,
Para que duerman en su amante seno
A la sombra y amor de tu bandera.

Por eso un ángel en tu fosa fría
Y abierta, guarda la extensión vacía,
Siempre confiando, entre los tuyos, darte
Santo reposo en el nativo suelo,
Representando a tu país besarte,
Cerrar tu fosa y remontarse al cielo.

En la Muerte del Capitán Guynemer

Tu nombre tiene irradiación de estrellas
Entre el ínclito grupo de aviadores
Y en el cielo cual bólido descuellas
Guiando al pueblo en la lid con tus fulgores.

Rayo es tu espada, tu corcel el viento,
Cincuenta veces al teutón domaste
En la palestra azul del firmamento
Y el cetro de los aires conquistaste!

Truncó la muerte el ciclo de tus glorias
Donde del Marne y de Verdún retumba
De Francia el alma convertida en grito;
Y se alza, pedestal de tus victorias,
Sobre el rincón que te sirvió de tumba
La bóveda de luz del infinito.

Añoranzas

Unas tras otras a mi puerta tocan
Las añoranzas de pasados días
Y en mi espíritu evocan
Imágenes, personas, harmonías...

Contemplo reverente
El cuadro que a mis ojos se despliega
Y abro mi corazón como una fuente
Que me brinda amorosa su descanso,
Do tembloroso el pensamiento llega
A ver en el cristal de su remanso
El dulce hogar de remembranzas lleno,
El ternísimo hogar, en cuyo seno
Sin inquietudes transcurrió mi infancia
Y dejó su perfume bendecido
Como nardo escondido
Que en mi espíritu vierte su fragancia...

¡Con qué profunda reverencia evoco
De mis padres la vívida memoria!
¡Con qué emoción la historia
De mi propio dolor hurgo y retoco!
Y doy rienda a mi ardiente fantasía
Mientras un velo mi pupila empaña
Y siento una sutil melancolía
Mezcla de gozo y de pesar extraña
Al pensar en las épocas ya idas,
En las personas que quisimos muertas,
Que nos dejaron al partir heridas
Eternamente abiertas...

Hoy enclavado en el solar ajeno
Como rincón sereno
Donde disfruto de inefable calma
En la tormenta que sacude mi alma,
He venido a plantar mi hogar dichoso
Como una tierna evocación de amores,
Donde trinan su canto melodioso
Los dulces ruiseñores,
Y donde vengo ansioso
A ese hogar entre setos escondido
Del que la paz y sencillez son galas
A buscar como pájaro en su nido
Suavísimo calor para mis alas...

Y así mientras mi hogar es un emblema
Y santidad reviste de santuario,

Donde es amor inspiración suprema
En una intimidad de relicario,
Tristeza a veces del pasado siento,
De no poder unir las dos mitades
De mi vida, mis dos felicidades
En el broche de un solo pensamiento;
Y en su ternura el corazón añora
Á los seres queridos que murieron
Y parte misma de mi vida fueron
Y un beso en la oración mi amor enflora...

La Tristeza del Indio

En la pálida faz llevas escrita
La historia de dolor que en tu alma alienta,
Y en tu mirar traicionas la infinita
Amargura de tu raza irredenta!

¿Qué te importa la vida? ¿qué la muerte?
¿Qué esperanza fulgura ante tus ojos?
¿Puédese acaso transformar tu suerte
Y tu planta apartar de los abrojos?

Sangre y sudor sobre la mies derramas
El surco hiendes con tus propias manos
Y cuando el precio a tu señor reclamas
Al ver la espiga desplegada al viento,
Te arrojan a la faz míseros granos
Y exhalas cual protesta tu lamento!

Divagaciones

Cuando bajan las sombras de la tarde
Y envuelven en su velo el horizonte,
Cuando el sol majestuoso tras el monte
En ocaso triunfal los cielos arde,
Cuando viene la noche pensativa
E imprime un beso en los callados huertos,
Duerme a la flor en su pensil y esquiva
Busca la soledad meditativa
Para cubrir con su crespón los muertos...
Vuela entonces mi ardiente fantasía,
Gotas de almíbar vierte
Como un cáliz de miel la poesía
Y el aturdido espíritu no advierte
Que desligado al fin de sus prisiones
En el silencio de la noche umbría
Se remonta hacia místicas regiones
Y busca en los confines de los mundos

Las fuerzas poderosas y latentes,
Los móviles fecundos
Que impulsan coma mágicas corrientes
La entera humanidad en su camino
Y encauzan su destino.

¡El placer y el dolor! ¡los dos extremos
Que alternan y se funden a medida
Que se alarga la tela en que tejemos
La historia siempre nueva de la vida!
¡El placer y el dolor! a esas dos fuentes
Mi espíritu me lleva
Y en sus plácidas linfas transparentes
La oculta sed que le consume abreva.

Nada profundo en el placer hallamos,
Ni en el ánimo deja
La impresión perdurable que buscamos.
Es algo que nos toca y que se aleja,
Ilusión, espejismo,
Sutil quimera que fascina y miente
Y arrastra fatalmente
Con su atracción hacia el mortal abismo!

Mas en cambio mi espíritu sorprende
En cada corazón las vibraciones
Más íntimas: las lágrimas que prende
El dolor en las húmedas pupilas
De quien llora profundas decepci nes
Y las prófugas épocas tranquilas

Y sabe del amargo desconsuelo,
De una pena ulcerada como herida,
De congojas que muere con la vida,
De escepticismo en la piedad del cielo!

¿Cuál es la fuerza misteriosa y santa
Que engendra ese dolor? ¿No redimida
El alma de sus culpas se levanta
A remontarse inmarcesible y pura
Llevando como galas
Su fecundo dolor, trocado en alas
Con las que asciende a imponderable altura?

Llama que purifica,
Incienso grato que hasta el cielo en nube
Al trono de Dios sube,
Sentimiento que abraza y vivifica,
Foco perenne del amor terreno
De remembranzas y ternuras lleno,
Crisol de la virtud, centro de gloria,
Creador del sacrificio que redime,
Luz, heroísmo, inspiración sublime,
Relámpago fulgente que en la historia
Dejas tu rastro por doquiera impreso,
¡Oh bendito dolor! eres todo eso:
Laceras pechos con tu golpe rudo,
Mas brindas el consuelo como escudo,
Y hasta enciendes en almas de granito
A tu choque la luz del infinito!

Invernal

Los árboles desnudos de follaje
Con el manto blanquísimo de nieve
Parece que estrenaran un ropaje
De plata y algodón; como relieve
Formando un homiciclo majestuoso
La base cercan del audaz coloso
Que en forma de Obelisco se levanta
Perdiéndose su cúspide en los cielos,
La sien prendida de fulgentes velos,
Y a su encuentro el Potomac se adelanta
Mudo testigo de pasadas lides,
Y parecen dos bravos adalides,
Que se estrecharan en fraterno abrazo
Mientras Washington duerme en su regazo!

Tras de la Tempestad...

Cuando el preso torrente del amor se desate
Y domine el incendio que los mundos devora,
Cuando el eco se extinga del clamor del combate
Y aparezca nimbada de fulgores la aurora;

Cuando vuelvan los hombres de la guerra maldita
A empuñar los aperos de la tosca labranza
Y en escombros de hogares con la paz resucita
Como el ave del fénix un jirón de esperanza,

No arrostréis ¡oh naciones! otra infausta tormenta,
Demoled autocracias sin poner anarquías
En el solio inviolable donde el derecho alienta:
A los débiles pueblos librad de iniquidades,
¡Y haced una bandera contra las tiranías
Con el principio augusto de nacionalidades!

¿Hasta Cuándo?

¡Señor! contempla el mundo que criaste
Enconado en la lucha fratricida,
Mira cómo el amor que predicaste
Guarda la humanidad enloquecida...

¡Señor! el llanto es mar sin horizonte
Que al sol de sangre se convierte en nube
¿No es posible que al cielo se remonte?
¿No es cierto que ese llanto hasta Tí sube?

El mundo en su congoja desvaría
¿No te alcanza el clamor de su agonía?
¿No ves cómo en las fieras tempestades
Del pescador zozobra la barquilla?
¡Repítenos, Señor, la maravilla
Que ya hiciste en el mar de Tiberiades!

Al Atardecer

Muere la tarde en placidez divina;
Un rayo del crepúsculo ilumina
La pastoral y seductora escena....
Se destaca al claror del horizonte

La masa de los árboles sombría
Y asciende hasta el cenit la luna llena
Bañando en luz el florecido monte
Que en místico silencio se dormía...

Reclama a amores la quietud serena
Con que la noche envuelve la natura;
Embriágame el licor de tu hermosura
Y tus ojos se clavan en mis ojos
Y en arrebato de pasión mi boca
Busca en la tuya de granates rojos
El beso ardiente que mi amor invoca...

El Martirio de Ligia

(Según la obra: "¿Quo Vadis...?")

Salió un grito de rabia y de despecho
De las bocas de mil espectadores,
Cuando vieron al bárbaro inclinarse,
Doblar humilde su fornido pecho
Desoyendo amenazas y clamores
Y en un éxtasis místico postrarse
A trazar una cruz entre la arena;
De cólera y desprecio el alma llena
La multitud que en sus furores arde
El látigo pidió para el cobarde
Cuyo rostro impasible no se arredra,
Cual si fueran sus rasgos esculpidos
Por genios invisibles en la piedra;
Y blasfemias y risas y alaridos
Viendo hincado al coloso giganteo
Conmovieron el amplio coliseo...!

El sonido vibró de la trompeta
Terminando en el acto el clamoreo;
Los ojos contemplaron al atleta
Con profunda inquietud; los pebeteros
En los ángulos puestos del recinto
Difundieron perfumes de jacinto;
En su ansiedad los guardias sus aceros
De los cascos soberbios levantaron;
Las puertas del cubículum chirriaron
Y en el pódium real Vinicio estaba
Ya fuera de sus órbitas los ojos,
Y apretados los dientes
Con furor mascullaba
Desafiando del César los enojos
Plegarias y amenazas incoherentes;
Mientras Nerón, que en su dolor gozaba,
Hipócrita le espiaba
Estudiando en su rostro la agonía,
Y en la frente luciendo una guirnalda
Malévolo y curioso le veía
Al través del cristal de su esmeralda
Y con mofa satánica reía...!

De repente estalló tremendo grito
De júbilo y asombro, cuando abiertas
Hacia la liza las pesadas puertas,
El pueblo contempló, jamás ahito
De escenas de exterminio y de matanza,

Que en su rabia brutal, rápido avanza
El hocico de espuma salpicado,
Inclinada la testa amenazante
Como un sueño terrífico del Dante,
Un aurock, que en sus cuernos lleva atado
El cuerpo palpitante
Y blanco y puro como casto lirio,
De una virgen de cándida inocencia
Que sufrirá las penas del martirio
Por no haber traicionado su conciencia....!

Vuelve hacia el sitio en que el aurock rugía
El coloso tranquilo la cabeza
Para saber la muerte que hallaría;
Y al mirar de repente
A Ligia, cuya lánguida belleza
El monstruoso animal destrozaría
Contra el áspero tope de su frente,
Despertóse la indómita fiereza
Que el bárbaro en su pecho poseía,
Hincháronse en sus músculos las venas,
Sus pupilas serenas
Cegaron nubes de pasión y muerte;
Irguió el torso, nervudo y giganteo
Ante el pueblo que advierte
El cambio en dios a quien creyó pigmeo,
Y a encontrar al aurock se precipita,
La carrera veloz del monstruo arresta

Y en su arrojo brutal, sañudo agita
Entre sus manos la iracunda testa...!

El silencio reinó profundo y grave;
Hasta el latir del corazón se escucha!
Y el espíritu atónito no sabe
Si es visión o es verdad aquella lucha
Del hombre con la fiera!

Vinicio el cuadro al contemplar convulso
Siente que la emoción su pecho ahoga;
Y apurando el caudal de fe sincera,
A su inmenso dolor dándole impulso
Hundió el rostro en los pliegues de su toga!

Su espíritu apartando de la tierra
Quiere borrar de su ardorosa frente
Esa angustiosa realidad que aterra,
En que trágicamente
Ve rasgar las entrañas de su amada
Y su carne purísima hacinada
En montones sangrientos en la arena!

¡Un milagro, oh mi Dios, en Tí yo creo!
Clamó Vinicio con el alma llena
De ardentísima fe; salva su vida,
Acoge compasivo mi deseo,
Y si muere, Señor, mi prometida,
Su destino decida de mi suerte;

Increparé al tirano
Cercado de su corte pervertida,
Recibiendo la gloria de la muerte
Ante el circo, diciéndome cristiano
Y juntas volarán nuestras dos almas
A recibir las codiciadas palmas!

De Petronio la mano
Apóyase de pronto en su cabeza
Y al tribuno angustiado con terneza,
Y profunda emoción dícele: «Mira»
En el ruedo fatal los ojos clava,
Y percibe creyendo que delira
Donde el grupo escultórico se hallaba
Un cuadro digno del pincel de Apeles:

Firmes las piernas como enhiestos mazos,
Los músculos tendidos
Próximos a estallar, rompiendo pieles,
Ál aurock sujetando entre sus brazos
Cual garfios de tenazas retorcidos,
Encorvando su cuerpo hacia delante
Se encontraba el gigante.

Entre esos monstruos de increíble empuje,
La tierna virgen desmayada y pura
Semejaba un botón de primavera;
De pronto el cuello de la bestia cruje,
Un bramido, cual queja de amargura

Se escapa del hocico de la fiera;
Sólo se escucha el jadear penoso
Como golpes de yunque del coloso;
Y en titánico esfuerzo sobrehumano
El recio cuello de la bestia tuerce;
Acosada pretende revolverse
Contra el monstruo de hierro; pero en vano:
El bramido se ahoga en su garganta
Y entre los belfos húmedos asoma
Una espuma sangrienta;
La figura del hombre se agiganta,
Un dios es ya de la ciudad de Roma;
Su resoplido vigoroso aumenta
Mientras los huesos del aurock quebranta
Cuando su empuje aceleró la cruenta
Y bárbara agonía
De la bestia feroz que sucumbía!

Y mientras él, de sin igual grandeza,
Descoyuntando la brutal cabeza
Alaridos de triunfo recogía,
Homenaje rendido a su fiereza,
Del aplauso al nutrido martilleo
Retembló majestuoso el coliseo...!

En un instante desató los lazos
Que apresaban la cándida doncella;
Y blanca como nieve, pura y bella

Un copo de algodón entre los brazos
Del gigante la virgen parecía
O una pálida niña que dormía.

La multitud de pronto apasionada
De la mística virgen desmayada,
Rompió en gritos en trágica vehemencia,
A veces en injurias o en gemidos
Y en otras en histéricos aullidos
Solicitando la imperial clemencia;
Mas Nerón vacilaba
Y al pueblo su silencio provocaba...

Salta Vinicio en su ardoroso fuego
A la liza, teatro de aquel drama;
Cubre de Ligia con la toga luego
El perdón implorando de la que ama
Los capullos en flor del albo seno;
Y en su pecho viril exhibe lleno
De impaciencia las marcas de la guerra,
Mientras Nerón a su rencor se aferra...

Estalló en el recinto el clamoreo,
Alzáronse mil puños arrogantes
Contra el Emperador amenazantes
Para imponer el popular deseo;
La densa polvareda hasta el «velario»
En ondas azuladas ascendía,

Los gritos resonaban: «Incendiario!»
Y Nerón de pavor se estremecía...

—No cedas ¡oh divino!
Murmuraba a su oído Tigelino;
Pero el César notando las señales
En su pueblo de un odio concentrado,
Que callaba su corte de augustales
Y bajaban sus ojos las vestales,
Hizo el signo anhelado...!

A la virgen dormida
Arrebata Vinicio entre sus brazos
Y la estrecha en ternísimos abrazos,
Y en la frente de casta prometida
Pone en medio de dulces embelesos
La lluvia palpitante de sus besos!

En mitad de la arena se arrodilla,
La arrogante cerviz temblando humilla,
Y olvidada del César y la gente,
Desparecido el mundo, su alma sola
Reverencia a su Dios Omnipotente;
Y en su Ligia adorada la aureola
Contempla de pureza,
Y al volver de su éxtasis, con loca
Ansia de dichas inefables besa
El raso de su boca,

El nácar de su cuerpo transparente,
Sus ojos adormidos de princesa
Y el alabastro de su tersa frente,
Mientras húndese el sol en el Poniente,
Y en una franja de los cielos arde
El crepúsculo tenue de la tarde... !

El Fin de una Epopeya

Allá, no lejos el rumor difuso
Del combate que se halla en su apogeo,
De los bronces el choque . . . el clamoreo
De las turbas guerreras . . . Al confuso
Gemido de las víctimas y al fuerte
Golpear de la lanza en los escudos,
Mezclábanse los ayes de la muerte
Y del acero los mandobles rudos . . .

Es la lucha fatal; la decisiva,
La sangrienta jornada;
El águila de Roma vengativa,
En su orgullo indomable provocada,
Con odio su pupila centellea;
Y las garras cual fieros aguijones
Entreabiertas, lanzóse a la pelea;
Y viéndola pasar los Faraones

Temblaron en sus tumbas con espanto,
Y la cálida arena formó un manto
Que envolvió a la manera de una clámide
La mole colosal de la pirámide...!
El palacio imperial quedó desierto;
Huyeron en tropel los servidores,
Ante el peligro cierto
Al correr el rumor que se acercaban
Los romanos en son de vencedores
Y a tomar el alcázar se aprestaban!

Marco Antonio, aquel genio de la guerra,
Que cayó prisionero en los hechizos
De Cleopatra, la reina del Oriente,
Y el cetro de la tierra
Dió por besar entre los áureos rizos
La codiciada frente,
Y por morir entre sus brazos preso
En la lujuria y languidez de un beso,

El héroe de Filipos, el bizarro
Marco Antonio el triunviro
Que encadenó a su carro
La victoria en magnífica epopeya
Ensalzada en las hojas del papiro,
Mientras triunfal reverberó su estrella
De la gloria encendida con la lumbre
Del Capitolio en la soberbia cumbre,

Marco Antonio, en la lucha sorprendido
Por su rival audaz, ciñó su espada
Y al combate lanzóse decidido
Por su honor a morir y por su amada!

Fué demasiado tarde...!
No es hora ya del triunfo... la sorpresa
Consumóse por fin... ya el pueblo expresa
Con alaridos su temor cobarde
Al mirar en su pánico que se arde
La histórica ciudad, la Alejandría
De los tiempos gloriosos,
Hoy ebria en los placeres de la orgía
Y sumida en los vicios vergonzosos!

Las lanzas relucientes se cubrieron
De moho; se amellaron las espadas,
Las almas de titanes se volvieron
Mezquinas, degradadas;
El brazo se olvidó del noble acero
Que con destreza manejar solía
E invencible esgrimiéndolo se hacía!

Y aquel romano fiero
Que junto a César se batió en la Galia
Y en los trágicos campos de Farsalia,
Haciendo sus ensayos de polluelo
De altivo cóndor, que escalara el cielo,

Del pedestal en que lo alzó la fama
Desplomóse por fin al precipicio
Donde se halla Cleopatra que lo llama
A compartir el vicio...!

Mientras tanto la egipcia temerosa
Sigue el fiero combate; oye el rugido
De la turba furiosa,
El bárbaro alarido
De sus huestes vencidas en la lucha,
Y pálida de horror, trémula escucha
La maldición que contra de ella estalla
Como un eco en el campo de batalla!

Mira a su rededor; está ya sola,
Sus esclavos huyeron de la fiesta,
Cuando turbó la ola
El encanto lascivo de la orgía....

La litera de plata en que se acuesta
Cuajada de brillante pedrería,
Con su lecho de rosas
Le recuerda sus noches, las gloriosas
Noches que Marco Antonio compartía,
Dulces horas de suaves embelesos,
De embriagueces pletóricos de besos,
Cuando brotan cadencias y armonías
Al acorde magnífico y sonoro.....

De los hilos de oro
De la mágica lira,
Mientras en vuelos sorprendentes gira
La bailarina griega
Que de sus danzas al furor se entrega!

Los crótalos y cítaras callaron,
Y las verdes coronas de laureles
Que sus sienes soberbias adornaron,
Evocando sus triunfos y oropeles,
Deshojadas y mustias anunciaron
Que el destino implacable que derrumba
Reinos, poder, honores y riquezas
Convirtiendo en cenizas las grandezas,
El trono mutará por una tumba...!

Cleopatra se levanta de su asiento
Con majestad de diosa
Y su risa orgullosa
Parece desafiar el firmamento.

En el triunfo confía:
No de sus huestes en la lid maltrechas
Que muy en breve quedarán deshechas
Del enemigo ante la furia impía;
No de Marco en el nunca desmentido
Valor, en la contienda inútil gala,
Ya que antes del principio del combate

Su ejército valiente está vencido,
Cual halcón que en la lucha rota el ala
A tierra viene y su vigor se a abate!

La egipcia bien lo sabe; pero sueña
En triunfar con su pérfida hermosura
Volviéndose la dueña
Del corazón del vencedor romano:
En sus ojos fulgura
Un destello de orgullo soberano
Pensando que Octaviano
Entre sus brazos quedará cautivo...

¿No es ella seductora...? sus mejillas
Con su suave carmín ¿no dan rencillas
A la aurora gentil...? su cuerpo altivo
No tiene la osbeltez de la palmera
Y bajo de la túnica ligera
No percíbese el ánfora del seno
De voluptuosidades pleno,
Cuyo contorno tentador asoma
Y tallado parece en alabastro...?

Entre sus manos un espejo toma
Y contempla su mórbida belleza:
Sus ojos fulgurantes como un astro,
Su boca diminuta y encendida,
El cuerpo de gallarda gentileza,

Y su frente de nácar escondida
En los tejidos de oro
Del cabello—riquísimo tesoro
Perfumado con mirras del Oriente—
Mientras un resplandor por la ventana
Como justo castigo y vilipendio,
Cual relámpago surge de repente
Y anuncia las tragedias del incendio
De la ciudad, que en época lejana
Fué legítima gloria
Del dios guerrero que encarnó en un hombre
Y con su espada señaló en la Historia
Con firmes trazos, de Alejandro el nombre!

De pronto gritos de terror estallan:
Es un gemido de dolor intenso
Y los rumores de la lid se acallan
En el tumulto inmenso!

Cleopatra se adelanta;
Algo fúnebre teme... jadeante
Una esclava penetra sollozante
Y con voz que se ahoga en su garganta
Y expresa su emoción y desacierto:
—¡Oh reina, dice, Marco Antonio ha muerto!
Sobrevivir no quiso a su derrota;
En un charco de sangre que le brota
Del noble corazón yace tendido!

Lanza un grito Cleopatra; se endereza
Mesándose en su duelo con fiereza
Sus cabellos y rasga su vestido;
Y trémula y llorosa y angustiada
Va en busca del cadáver del suicida
Y al sangriento despojo desolada
Contra el seno estrechando acongojada
Con sus brazos amantes,
Al cuerpo quiere devolver la vida
Al calor de sus besos palpitantes...!

II.

Cuando el choque del hierro en los escudos
Y los ayes agudos
De los egipcios que en sus puestos mueren
Porque la muerte al deshonor prefieren,
Anuncia que orgullosa
Batiendo con sus alas el espacio,
El águila de Roma victoriosa
Se posó en el palacio
Do yacen en soberbios hipogeos
Las momias de los reyes Tolomeos
Sin que nada a su empuje la resista,
El cadáver Cleopatra de su amante
Dejó... y al apartarse de su lado
El finísimo pelo de amatista
Que del pecho más duro que el diamante

Con el hilo de plata entrelazado
Encubre la blancura deslumbrante,
En noble sangre apareció manchado... !

Un instante después en su aposento
Con ademán violento
El general romano
Se introdujo:—¡Oh esclava de Octaviano
Dijo luego, tu reino ha perecido;
El Egipto vasallo de mi tierra
A eterna servidumbre reducido
Ha de quedar como botín de guerra!
Tu regia estirpe concluyó contigo
En fango inmundo salpicado el solio
Que las grandezas del pasado encierra
Y encadenada ascenderás conmigo
Como mísera esclava al Capitolio!

La faz Cleopatra ante el guerrero humilla,
Pero en los ojos de Octaviano brilla
Un destello iracundo
Donde el prócer revela su profundo
Desprecio hacia la hermosa soberana
Á quien trata cual una cortesana...

Cleopatra queda en el dolor sumida;
Mas su altivez de reina se subleva
Contra el bárbaro fallo que la lleva
A la angustia suprema de su vida!

¿Cómo el manto trocar de soberana
Por el tosco sayal ignominioso
De una sierva romana...?

¿Cómo la flor postrera del glorioso
Linaje de los Lágidas iría
A morir trasplantada en la sombría
Soledad de implacable cautiverio
Humilde esclava del odiado Imperio
Que al morir Marco Antonio formaría
El esfuerzo tenaz, pujante y sabio
Del inclemente triunfador Octavio...?

—¡Jamás seré tu miserable esclava
Dijo entonces con voz en que vibraba
Su cólera profunda; la grandeza
Del reino egipcio mostraré en mi muerte;
Y de mi cuerpo inerte
La espléndida belleza
En ceniza trocada, mis despojos
Contemplarán tus triunfos, Octaviano,
Maldiciendo tu nombre de romano!

Vibra un rayo de lumbre entre sus ojos
Velados por el tul de sus pestañas;
Y el recuerdo de eróticas hazañas
Una sonrisa señaló en los rojos
Claveles de sus labios entreabiertos...!

—¡Oh esforzado triunviro,
Voy a tu lado a compartir tu gloria
Al reino de los muertos...!
Recibe ¡oh Marco! mi postrer suspiro;
Mi altiva muerte esculpirá en la Historia
El nombre de la reina del Oriente
Que irguió ante Roma la bizarra frente!

En sus manos tomó la canastilla
Que guardara en su fondo la serpiente;
El áspid venenoso que en la orilla
Del caudaloso Nilo
Halla en los troncos su inviolable asilo;
Y el brazo de azucenas y alabastros
Dobló hacia el pecho y su mirar tranquilo
Para morir parece que a los astros
Con orgullo satánico provoca;
Y apartando el collar de enormes perlas
Que un imperio costara el obtenerlas,
Cleopatra rompe con una ansia loca
El cendal transparente y ajustado
Al blanquísimo busto torneado:
El pecho esplende figurando un lirio
De pétalos de rosas coronado;
Y en uno de los cálices del seno
—Ebúrneo vaso de placeres lleno
Donde libara en su sensual delirio
Marco Antonio el amor con desenfreno—
Vierte el áspid mortífero veneno...!

Comenzando su bárbaro martirio
Cerró sus grandes ojos y en su lecho
Tiende el cuerpo la reina voluptuosa
Para morir con majestad de diosa
Colgante el áspid del desnudo pecho;
Y en los crueles espasmos de agonía
La víbora enroscándose rabiosa
La comba esbelta con fruición mordía...
A lo lejos en tanto resonaba
El clamor tempestuoso de la orgía
De la tropa que alegre festejaba
La toma de la heroica Alejandría...!

Guadalajara, 1914.

A México

(Poesía recitada por su antor en en el Banquete dado en la Legación de México en Guatemala el 16 de septiembre de 1913).

Muy lejos, Patria, de tu hogar sagrado
Que una inmensa distancia me separa,
Mil veces en tus playas he soñado
Y en mi noble ciudad, Guadalajara!
Con orgullo contemplo desplegado
Sobre esta Legación en tierra extraña
Flotando airoso, mi estandarte amado
Que la grandeza y el honor entraña!

La brisa cuando mueve blandamente
La copa de los árboles floridos
Y vibra entre las hojas suavemente
Su rumor—el más dulce de los ruidos—

Paréceme al venir calladamente
Que en su soplo, impalpable mensajera,
Burlando las distancias indulgente
Perfume de mis bosques me trajera...!

III.

Y al oír como ayer el noble acento
Del himno del país, que glorias canta [1]
La voz sagrada de mi Patria siento
Que dentro de mi pecho se levanta,
Para ensalzar el valeroso aliento
Que impulsó a nuestros héroes espartanos
A sellar con su sangre el pensamiento
De legar una Patria a sus hermanos...!

IV.

Ha más de un siglo que por vez primera,
Estallando la mina de rencores,
La Nueva España estremecióse entera
A la voz del caudillo de Dolores!
El pueblo, con la fe que regenera
El yugo rompe al que se hallaba uncido,
Y con la lucha principió otra era!
¡Y abrióse un porvenir desconocido!

[1] El 15 de Spbre. es el aniversario de la Independencia de Guatemala.

V.

¡Cuánto esfuerzo costó! ¡Cómo corrieron
Arroyos con la sangre de soldados
Realistas e insurgentes que ofrecieron
Sus vidas a sus Patrias, denodados!
Las tropas españolas que murieron
Heroicamente en la feroz campaña
Luchando con valor víctimas fueron
De abnegación hacia su Madre España!

VI.

Y el altivo insurgente que denota
Ser de México el hijo en la pelea,
Cuando muere en la lid, es un patriota,
Heroico mártir de la gran idea...!
Sobre el campo feraz que sangre brota
El águila caudal tendió su vuelo,
Llevando una cadena medio rota
A destrozarla en la mitad del cielo...!

VII.

¡Caudillos que iniciásteis la campaña
Más grande que registra nuestra historia
Que a un noble pueblo separó de España
Y vuestros nombres inundó de gloria,
Decidme si ha inspirado vuestra hazaña

El altivo Cuauhtemoc, que reía
En medio del tormento a que con saña
El Gran Conquistador lo sometía....!

VIII.

Hoy que Anahuac sangrando conmemora
El gran suceso en su dolor creciente,
Se deslumbra el destello de la aurora
De la anhelada paz en el Oriente!
Y un nuevo sol de vida triunfadora,
Su luz al irradiar y su belleza
Ahuyentando la sombra aterradora
El rostro augusto de mi Patria besa!

IV.

Si el recuerdo entusiasta que me inflama
Brota muy lejos de mi tierra altiva,
En mi alma sólo la fulgente llama
De amor inmenso la distancia aviva!
Y al pregonar la justiciera fama
Tus triunfos, Patria, de pasados días
Que el mundo entero complacido aclama,
Recuerda que tus glorias son las mías....!

Guatemala; 16 de Spbre. de 1913.

Notas Intimas

Lloré inclinado sobre aquellas hojas,
Triste recuerdo de lejanas eras,
Pobres papeles que conservan siempre
Cuando las horas y los años ruedan,
Un tinte melancólico y sombrío,
Un perfume de amores y tristezas
Que hace pensar, llorando, en lo pasado,
En santas dichas y en personas muertas...!

. . . .

Mucho tiempo mis ojos contemplaron
Con interés y con piedad inmensa
Las páginas del viejo manuscrito
Que formaban bellísimo poema.

Era un diario de amores de mi abuelo,
Era una serie de impresiones tiernas,

Era una dicha continuada y honda
Que del libro en las en las hojas escribiera!

Efemérides gratas y sencillas
Un cariño bendito me revelan:
Allí consta de amores una historia
Cuyas frases parece que despiertan
El dulce idilio que enlazó dos almas...!

Suaves palabras de ternura llenas,
Ilusiones forjadas en un día
Bajo la luz de una mirada bella,
Esperanzas, anhelos, inquietudes,
Dolores motivados por la ausencia
De la dama gentil e idolatrada
Que se llevaba un corazón con ella,
Pasaron ya... el tiempo que implacable
Con su helada segur la vida siega
Amontonó los años despiadado
Para hacer olvidar la historia aquella...
La historia tan feliz de esos amores
Que del libro las páginas nos cuentan,
La historia de unos sueños realizados,
La historia de dos vidas que se unieran
Bajo el amparo de la fe cristiana...!

Hundióse todo en la quietud eterna
Del pasado, que duerme silencioso

En el regazo de la muerte austera!
Todo pasó... como la Historia misma
Que en la lucha titánica se empeña
Por conservar contra el ingrato olvido
Los recuerdos, las glorias, las ideas...!
Todo pasó... como las horas breves,
Como los sueños de la mente inquieta,
Como pasa el fantasma de la dicha,
Como luz que un instante centellea,
Como el mismo dolor que en nuestras almas
Para siempre parece que se queda...!

II.

Y mi abuelo en el diario que escribía
Con la emoción del que su dicha narra,
Mil detalles apunta que impresionan
Porque por ellos se trasluce su alma

En el libro se encuentran confundidos
Formando juntos las santidas páginas,
Cortas frases, cual chispas de un incendio
Que la sublime inspiración le arranca,
Recuerdos amorosos, impresiones
De entrevistas sencillas, anotadas
Con el raro cuidado del que sabe
Que es tesoro de dicha una mirada
Y reflejo de gloria una sonrisa
De la mujer cuyos encantos ama...

En renglones escritos con premura
Cual si quisiera reflejar el ansia
Que al escribir con temblorosa pluma
A su pecho amoroso le embargaba,
Hay la historia de una época dichosa,
Una historia tranquila, deslizada
En la Hacienda de Cedros, a su lado,
Oyendo con ternura sus palabras
Como música suave que conmueve
Con su sonido celestial el alma....!

Era un poeta de inspirada lira,
Amante como pocos de la abstracta
Belleza indefinible de la idea,
Y amante de los campos que dilatan
Su alfombra de riquísima verdura
Hasta perderse en la extensión lejana....

Allá, en las soledades de la Hacienda,
En las tardes tranquilas y soñadas
En que vuelcan las flores los perfumes
Que en sus corolas escondidos guardan;
En que el cielo se tiñe de colores
Cuando el astro se pierde en lontananza,
Al volver a su lado del paseo,
Como nunca creyó que la adoraba,
Teniendo por testigos de su dicha
La esfera de los cielos azulada,.

El astro que en ocaso se perdía
Y la virg n natura que mostraba
En el vasto horizonte de la hac enda
Para lucir con vanidad sus galas,
De sus trigales las espigas rubias
Y el verde de sus campos de esmeralda...!

Mas después de esa ráfaga de dicha
Llegó por fin la hora despiadada
De cortar la ilusión de aquellos días
Que escritos para siempre se quedaran
En las historias de mi abuelo y de ella.
Llegó el instante de tristeza amarga
De separarse de la hacienda hermosa
De recuerdos gratísimos cargada;
Y el dolor tan terrible de la ausencia
Para dos que se alejan cuando se aman,
Reinó inclemente, sin dejar consuelo
Hiriendo con crueldad dos nobles almas...!

En las hojas que alientan sus recuerdos,
Que viven del pasado como páginas
Del libro de una vida que se esfuma,
Cayeron los torrentes de sus lág.imas
Como gotas benditas de rocío,
Dejando en el papel oscuras manchas
Que el tiempo destructor ha respetado
Para mostrarme su grandeza santa...!

¡Oh llanto derramadó por la fuerza
De un amor cuya historia me entusiasma,
Yo siento al verte que en mi pecho alienta
Una emoción que anuda mi garganta,
Oprime el corazón y mis pupilas
Con la nube de lágrimas empaña...

Yo siento no se qué, cuando en el diario
Que los recuerdos de mi abuelo guarda
Miro un nombre adorado: Guadalupe,
Ese nombre bendito que llevaba
Grabado para siempre en su memoria,
Como si fuera invocación sagrada
Que en las horas terribles de la lucha
Con sus letras queridas lo alentara,
Como emblema de todos sus amores,
Como fuente de toda su esperanza...

III.

La historia delicada de ternuras
Concluyó con la muerte... en el misterio
De la tumba quizás habrá seguido...
Y aquel canto de amores de mi abuelo
Que inspirara su idilio, me parece
Vetusta ruina de sagrado templo...

Pero algo más quedó... algo no escrito,
Algo sentimental, profundo y tierno,

Milagro de la sangre que repite
Como repite la palabra el eco,
Encantos de otras épocas ya idas
Ilusiones que antaño florecieron,
Gratas ternuras y esperanzas yertas
E idilios santos que truncara el tiempo!

Ignoro si hubo un libro consagrado
A guardar en sus hojas los recuerdos
De otra historia de amor, de otro poema;
Yo no sé si mi padre en sus anhelos
Describiera de un diario entre las páginas
La dulce historia del amor inmenso
Que le llenaba el corazón de dichas
La epopeya grandiosa repitiendo!
Paro si sé muy bien que aquel idilio
En sus amores revivió de nuevo,
Con toda su pujanza primitiva,
Con aquellas quimeras y embelesos,
Con aquellas sonrisas inefables
Cargadas de ternuras y misterios,
Con aquella ansiedad y aquellos dulces
Extasis puros de placer sereno,
De suave paz, de bienestar, de dicha,
De hondo sentir y de gozar intenso!

Pero sí sé muy bien que en esa historia
Hubo un ángel de amor que desde el cielo

Bajó a cumplir una misión bendita,
Y de mujer la forma revistiendo
Consagró sus piedades y sus ansias
A endulzar la agria hiel del sufrimiento,
A enjugar esas lágrimas que brotan
Arrancadas por hondos desconsuelos,
A esparcir en la senda de una vida
De suaves flores los fragantes pétalos,
Y a perfumar con la virtud de su alma
El casto hogar de sus ternuras lleno,
El dulce hogar en que vivió escondida,
El santo hogar que convirtiera en templo!

Hoy de mi madre con tristeza y llanto
Miro el santuario en que reinó desierto,
Mustias las flores, la ilusión marchita,
Los dulces lazos que formara sueltos,
Y las cenizas de su hogar regadas
Por una racha de implacable viento...!

....

Tradiciones benditas, sois mi guía!
Tradiciones de amor sois mi recuerdo,
La hermosa religión de mi pasado
Y sois vosotras en mi vida ejemplo

Amo con ansia de construir el noble
Santuario de ese hogar que hoy está yerto,

Para sentir un bálsamo piadoso
En la sangrante herida de mi pecho,
Para gozar unidos los placeres
Y llorar los amargos desconsuelos,
Y sentir la piedad de su ternura
En mi tristeza y soledad de huérfano...

Y esa ternura es dulce como el néctar
De las rosas, cual rumor de arroyuelo
Que solloza al correr sobre la grama,
Como el canto armonioso del jilguero
Como el soplo cargado de perfumes
De la ligera brisa, como el beso
De la aurora en el cáliz de las flores
Al despertarlas de su blando sueño...

Es inútil nombrarte: tú lo sabes;
Para tí mi poema que es un beso
En tus labios en flor como una ofrenda,
Para tí mi esperanza como anhelo,
Para tí mis tristezas y mis lágrimas
Para tí mi futuro y mis recuerdos...

Tuyo es mi ser y mi existencia tuya,
Y en el hogar que en mi ilusión contemplo,
Has de de llevar al reconstruir mi dicha
El alma tierna de mi madre dentro...!

¡Consumatum Est!

El Mártir expiraba
Suspendido a la cruz que levantaba
La vil humanidad en su demencia,
Befando en su maldito paroxismo
Al divino Jesús—todo clemencia—
Que de bondades infinitas lleno
Bajó del cielo hacia el abyecto abismo;
¡Y el hombre infame lo llenó de cieno,
Puso un cerco de espinas en su frente;
Y al Dios Omnipotente,
Al Dios que vino a redimir al mundo,
Arrastró en su delirio sanguinario
Exhausto y moribundo
A las trágicas cumbres del Calvario...!

Allá sobre la cruz, entre ladrones
Jesucristo se halaba

Custodiado por míseros sayones,
Incapaces de ver que agonizaba
El divino Mesías,
Cantando en las sublimes profecías
Que David en sus salmos anunciaba!

Bañada su cabeza
En la sangre bendita, la belleza
Del dolorido rostro parecía
Flor que tronchara tempestad bravía!

Sangran las manos abundantes gotas,
Las blandas carnes por los clavos rotas
Muestran llagas enormes y crüentas
¡Ha sufrido Jesús tales afrentas,
Tanta maldad le deparó sus hieles
Y arrancó tanta lágrima a sus ojos
La amarga serie de suplicios crueles,
Cuando al orar de hinojos
Sudando sangre en el callado Huerto
Contempló la visión de su martirio:
Su blanco cuerpo como mustio lirio
En la columna flagelado y yerto
Y entre los brazos de la cruz pendido;
Su rostro por la turba escarnecido
Y por la lanza su costado abierto...!

Jesucristo perdona, no amenaza,
Con los brazos en cruz descoyuntados,

Parece que los tiene levantados
Para acoger a la doliente raza!
Su mirada dulcísima se posa
En el grupo de bárbaros soldados,
En la Virgen su Madre, que llorosa
Siente su tierno corazón deshecho
Atravesado de dolor el pecho,
Y en las mujeres que a sus plantas yacen;
Y de su boca ante amarguras tantas
Brotan entonces las palabras santas:
«PERDÓNALOS NO SABEN LO QUE HACEN!»

Comienza su agonía...
Reina el silencio de Jesús en torno,
Y en aquellos instantes parecía
Que sintiera el bochorno
Del deicidio feroz el Universo!

Hasta el grupo de cínicos rufianes
Que se hallaba disperso
Cual bandada de torvos gavilanes
Acechando en las faldas de la loma
La caída de cándida paloma,
Siente la angustia del tremendo instante:
La pálida figura agonizante
Sus maldades evoca; los rugidos
Con que la muerte de Jesús pidieron,
Y del débil Pilatos obtuvieron
La sentencia brutal; enfurecidos

Y con gritos siniestros:
«¡Alcáncenos su sangre» blasfemaron
«Y el nombre manche de los hijos nuestros»
Y después a su Dios crucificaron...!

Jesús cierra los ojos... es la hora
De las grandes catástrofes... la muerte
Muy cerca ronda de su cuerpo inerte;
La tragedia inmortal conmovedora
Va a consumarse en expiación del mundo!
Su rostro palidece; las ojeras
Un azulado círculo profundo
Señalan en su carne; las primeras
Convulsiones sacuden sus rodillas;
El débil cuerpo virginal se agota
Crispándose las manos sacrosantas;
A dos lirios semejan sus mejillas
Y se escapa la sangre gota a gota
Por las llagas enormes de sus plantas...

Contémplalo la Virgen con intensa
Y hondísima amargura;
De lejos escuchó con una inmensa
Ansiedad el salvaje martilleo,
Al clavar en la cruz la carne pura
Del inocente reo
Con un gelpe brutal, certero y rudo!
¡Y élla sus quejas recibir no pudo,
Ni poner como bálsamo en la herida

De aquel cuerpo purísimo y desnudo
Sus besos suaves, como dulces mieles!
Mil veces ofrendó su propia vida
Para evitar a su Jesús los crueles
Y bárbaros tormentos;
Mas Dios quiso aumentar los sufrimientos
De su Madre a los suyos infinitos,
Para formar con ellos los benditos
Pasajes inmortales del Poema
De la Cruxifición... fueron emblema
Las amarguras de su Madre Santa
Del augusto dolor que se levanta
Para hallar su legítimo consuelo,
Aunque deshecho el corazón al cielo...!

Con majestad indescriptible suena
Dulcísima y serena
La palabra de Dios... abre sus labios
Y perdonando agravios
En la solemnidad de aquel instante,
Al Apóstol querido que en su pecho
Reclinó la cabeza satisfecho
Volviendo su semblante:
«He ahí a tu Madre» con ternura dijo;
«Mujer, he ahí a tu hijo»
Añadió Jesucristo agonizante...!

Y en los labios de rosa de María
Crispados de amargura,
Una tierna sonrisa aparecía

Al aceptar con celestial dulzura
La herencia de su Dios Crucificado...!

¡Y fuiste desde entonces, Dolorosa,
La Madre generosa
Que en tu origen sin huellas de pecado
Y olvidando lo inmenso del ultraje,
Tuviste compasión de ese linaje
Sacrílego y deicida
Que a tu Jesús arrebató la vida!
¡Y arrancando la espada que clarea
Tu corazón que se rasgó en pedazos
Tendiste ¡oh Virgen! tus amantes brazos
A la mezquina Humanidad pigmea...!

Después... llegó el momento
De la angustia suprema... el firmamento
De Dios ante la muerte parecía
Que el duelo de la tierra compartía...
Sólo un guardián de corazón de roca,
Cuando de sed el corazón se queja,
Una esponja de hiel llevó a su boca
Y entre sus labios el vinagre deja
En un acceso de crueldad impío...

Jesús exclama al expirar: «Dios mío
En tus manos mi espíritu encomiendo»
Poco a poco su rostro fué cubriendo
La palidez de cera
De la muerte fatal; su cabellera

Se esparció como fúnebre sudario
Al caer sobre el hombro la cabeza;
Y en ese instante el firmamento empieza
En las bíblicas cumbres del Calvario,
A ensombrecerse cual tupido velo
Que cubre a poco la extensión del cielo...

Tembló la tierra de pavor; un ruido
De terremoto se escuchó a lo lejos
Y a la luz de los lívidos reflejos
Del sol que en sangre apareció teñido,
La turba fementida
Al martir inocente desclavaba;
Y la madre amorosa sollozaba
De angustia poseída;
Y en su seno de virgen apoyaba
La faz exangüe de Jesus sin vida,
Mientras su mano con afán prolijo
Solícita la sangre restañaba
Del costado de su Hijo,
Que de la lanza traspasó el acero
Al empuje brutal del golpe artero...

Un rayo, como símbolo gigante
De la ira de Dios amenazante
Del santo templo destrozó el velario;
Una hosca nube ensombreció al instante
El Gólgota y el Monte d l Calvario;
Y en el silencio y el dolor profundo
Se consumó la Redención del Mundo...

La Visión Roja

(A la memoria de mi amado padre
Lic. Luis Pérez Verdía.

Terciada sobre el hombro la pérfida guadaña,
Los ojos relucientes con refulgencia extraña,
La barba gris e hirsuta y el pelo enmarañado,
Al terminar su ciclo fatídico y pesado,
En los bienes tan parco, tan fecundo en el mal,
Novecientos catorce, cual decrépito anciano
Presentóse colgando de la trémula mano
El emblema de Kronos, el reloj de cristal
Cuya arena bajaba con movimiento igual
Y de un cono hacia el otro sin cesar escurría
Y con la sangre la arena del reloj se teñía...

El anciano con calma contempló su guadaña,
Y pareció su risa de entonación huraña
Una mezcla ominosa de maldad e ironía,
Evocando el recuerdo de las víctimas hechas,
Las cabezas segadas, las familias deshechas,

El cúmulo de vidas cortadas como un hilo
Que se rompe en dos partes al contacto del filo!

—¿«Quieres saber el móvil, me preguntó el anciano
Que me impulsó hacia el crimen? ¿por qué llegó mi mano
A aproximar la lumbre a la encerada mecha
Y a abrir en el progreso que el mundo había alcanzado
Con la barbarie enorme tan formidable brecha...?

«Soy el cómplice dócil de civilizaciones
De los siglos que duermen en el tiempo pasado,
De esos siglos que vieron florecer las naciones
Del progreso envidiosas de la moderna edad
Que aspiraba a los lauros de la inmortalidad!
El alma primitiva de las razas guerreras
Predominó en la historia de las pasadas eras
Al través perdurando de edades centenarias;
Mas al paso de siglos la civilización
Endulzó poco a poco costumbres sanguinarias,
Y el mundo fué sufriendo completa evolución!

«No marchaba este siglo tras de ningunas huellas,
Por vírgenes caminos buscaba las estrellas;
Una invención a otra sin cesar sucedía,
El radio, el submarino y el cable, el aeroplano
Y cien aplicaciones del pensamiento humano;
El comercio entre extraños nuevas redes tendía,
Los bajeles cruzaban remotísimos mares

Cooperando a la dicha de millones de hogares;
Hubo unión y concordia, tranquilidad, bonanza,
En el cielo el arcoiris simbolizó esperanza,
Y anhelando el remedio de cuitas seculares
El hombre irguió cual templo, o a modo de atalaya
Del Derecho, el Palacio de la Paz en La Haya
Y la gloria más grande para la Humanidad
Fué robar sus secretos a la electricidad...!»

Al llegar a este punto sarcástico y rabioso
El anciano me dijo con aire misterioso:
«Los siglos venideros conservarán mi nombre,
Sin que me importe nada la maldición del hombre,
El progreso alcanzaba su prodigiosa cumbre,
Yo derrumbé la base, se difundió la lumbre,
Y ardieron las comarcas cual si fuesen estopa
Desde un confín al otro de la infeliz Europa!

«¿Qué son hoy los inventos del pensamiento humano
Sino armas que en la lucha de hermano contra hermano
Mil veces multiplican la fuerza destructora
Volviéndose la guerra aun más aterradora?
¡El crimen es inmenso! ¡Destruir lo edificado
Y vivir en la vida de siglos que han pasado,
Sacrificando miles de nobles existencias
Y olvidando los frutos de amargas experiencias!

«Con lágrimas y sangre mi nombre ha sido escrito,
Las edades futuras me llamarán maldito;

Mas satisfecho marcho, la pérfida tarea
Recordará llorando la humanidad pigmea...

«Yo fuí quien levantara los diques de la fuente
De las viles pasiones, desquiciós el torrente
Y la sangre de Europa las llanuras anega
Y a las cimas de montes poco a poco se llega
Como un nuevo diluvio, que en brutal paroxismo
Sepultar amenaza la tierra en un abismo!

«Nuevos pueblos y razas empujados al horno
Que consume su fuego la cultura del mundo
Mirarán extraviados en la paz un bochorno,
Y empuñarán la espada con el goce infecundo
De ser también actores en la enorme matanza
Cuyo número inmen o a contar no se alcanza!
Tesoros, catedrales, monumentos, ciudades,
Víctimas han de verse de torvas impiedades,
Sacrílegos pillajes que un Atila envidiara
Cuando el caduco Imperio de Roma conquistara!

«América es la cuna de santas libertades
De Washington la tierra, de Hidalgo y de Bolívar,
Cri·ol donde se funden al correr las edades
Estirpes decadentes, en la savia robusta
De libertad austera, t: oquel donde el acíbar
Del desengaño, suele transformarse en augusta
Aspiración que cuaja en amor a la vida
De trabajo y de dicha que América convida

Al brindar en sus fuentes democráticas tersas
El agua milagrosa que restaña la herida
De que vienen sangrando las cien razas diversas!

«América tranquila, que ofrendaba el arado
Y el martillo cual gajes de su prosperidad,
Y encauzaba a los hombres del campo y la ciudad
Por la senda regada con el sudor honrado,
Al vórtice arrastrada sintióse del torrente,
Y entró a la pugna insana, ostentando en la frente
Un lucero, cual seña del muy alto ideal
Con que esperaba en sueños domar el vendabal,
E implantar en Europa la simiente de América
Y afianzar en el mundo tras la campaña homérica
La democracia augusta, la libertad potente
Que son preclaros timbres del Nuevo Continente!

«Mas la noble simiente que germina y prospera
En el suelo bendito que Colón descubriera,
Se marchita al hallarse de su atmósfera lejos
E infecuenda perece transportada a la tierra
Donde rugen los vientos que atizonan la guerra
Y hay el germen oculto de conflictos añejos!

«Tal fué la generosa esperanza quimérica:
Rescatar los despojos de la Europa ya histérica,
Lo que impulsó a naciones más acá del Atlántico
A lanzarse con gesto de heroísmo romántico
A derribar del solio roídas autocracias
Al par vigorizando las nuevas democracias!

«Y ese fin que por noble lo fantástico toca
De redimir al mundo quijotesco prurito,
Y los fue os del pueblo cimentar en granito
En la armazón caduca del gobierno europeo,
El patético mito de los dioses evoca
Del robador de cielos, del audaz Prometeo
En castigo sujeto por la espalda a una roca,
Que su carne contempla renacer un instante
Y cerrarse los lab os de su herida sangrante,
¡Pero siempre retorna la fatídica garra
De famélicos buitres a clavarse y desgarra
La entraña renaciente del cautivo gigante!»

Novecientos catorce su reloj de cristal
Levantó al ver que el hilo de arena concluía;
De la trágica esfera la sangre aun se movía...
Después, como si fuera la encarnación del mal
Lanzó el innoble anciano siniestra carcajada
Y cual sombra intangible desapareció en la nada...!

El cielo estaba oscuro y el aquilón rugía,
De la calma perdida no quedaba ni huella,
Ni la luz vacilante de una pálida estrella
En el vasto horizonte distinguirse podía
Que amenguase del cuadro su indescriptible horror...
Crepitaba el incendio con siniestro fulgor
A su trágico brillo contemplándose yertos
En los campos malditos seis millones de muertos,
Y al estertor horrendo del mundo en agonía
Un eco de batalla tan sólo respondía...!

Washington D. C. 1917.

El Beso de la Malintzin

¿Fué el idilio en la sombra de algún árbol gigante,
En mitad del prodigio de una selva fragante
De paisajes soberbios, perspectivas risueñas
Y montañas con cumbres de granîticas peñas
Cuyas peñas semejan a vencidos titanes
Por flamígeros rayos, al dar forma a su anhelo
De trepar por las crestas de escarpados volcanes
Y escalar en su audacia los reductos del cielo...?

¿Contemplaron los troncos en robustas hileras
De ahuehuetes y robles de prehistóricas eras
Al galán de otra estirpe, al intrépido hispano
Que intentaba de Anáhuac ser audaz soberano,
Por la virgen aztecatl amoroso y rendido...?

¿O las viejas murallas de un «teocalli» derruido
Que de cien hecatombes fué el horrendo escenario

Con la sangre teñido de algún pueblo contrario
A la raza de acero de los déspotas reyes
Cuyos designios eran compendio de las leyes;
Esos muros de templos que resumen la historia
Del Imperio bizarro de increíble heroísmo,
—Exponentes de fuerza, de crueldad y de gloria
Que entre tribus hermanas pudo abrir el abismo
Donde el Astro de Anahuac sepultóse en su ocaso—
Indiscretos testigos ¿sorprendieron acaso
De la noble Malintzin los amores ardientes
Con el prócer que supo domeñar continentes,
Y en los lances y triunfos de la fiera campaña
Dió el hidalgo tal lustre a su Patria la España
Que con su honra pudiera tan gentil caballero
Ser el Héctor o Aquiles de la Iliada de Homero
Si los cantos sublimes del Poema profundo
A escribirse volviesen para asombro del Mundo....?

¿En qué sitio propicio fué la erótica escena?
¿Dónde pudo el guerrero de cien lides triunfante
Consumar la conquista de la linda morena,
Recibiendo en sus labios la oblación palpitante,
El dulcísimo beso de la indígena amante
En el cual, como en sueños, vió Cortés el emblema
De la unión de dos razas, la apoteosis suprema
De la cruenta campaña y el magnífico lazo
Que estrechara a la España con simbólico abrazo
Con la virgen indiana, con la tierra de flores,

Con la Anáhuac hermosa de paisajes de ensueños
Y llanuras y bosques y mil valles risueños
Y dos mares que llegan entre blandos rumores
A besar amorosos el mantón de su playa,
Mientras vela los sueños de la linda doncella
El volcán de Ixtlacíhuatl, cual gigante atalaya
Que en mitad de la Sierra por su mole descuella...?

¡Oh Malintz n! ¡Oh aztecatl! ¡fuiste tú la primera
Que iniciaste la brecha de la enorme barrera
Formada por venganzas, por odios y rencores
Que apartaba a los indios de los conquistadores!
¡Y en el cáliz amargo de infortunios y hieles
De tu amor derramaste las ternuras y mieles
Para endulzar el agrio sabor de desventura
De la raza que supo en su exigua cultura
Defender sus moradas y sus divinidades,
Sus campiñas y montes de salvaje hermosura,
Y admirar con sus glorias las futuras edades
Oponiendo al acero los humanos escudos
De sus pechos rabiosos, sin defensa y desnudos...!

Tú pediste, ¡oh Malintzin!, a los blancos piedades
Para el pueblo vencido y olvidaste rencores
Al sentir que creabas con tus nuevos amores
Una raza formada con dos sangres distintas:
—Poema de ternura superior a conquistas
Que se manchan y enlutan con excesos y horrores—

Y al ser a quien llevaste dormido en tus entrañas
Diste el alma y la sangre de dos nobles Españas:
De la madre gloriosa, triunfadora en Lepanto.
Redimida en Asturias, cuando alzó el sacrosanto
Pabellón contra el moro desde enhiestas montañas
De provincias vascuences el titán Don Pelayo,
Y aureolada más tarde en la lucha tremenda
Contra el genio del mundo que opacó en la contienda
El fulgor deslumbrante de inmortal Dos de Mayo,
Y de España la Nueva, de la indómita tierra
Cuyo espíritu heroico se enfrentó con la guerra
Que trajeron los blancos; y encarnó en la figura
De perfiles de bronce del postrer rey azteca
Que a mitad del espasmo de la horrible tortura
Se sonrió con sonrisa que era olímpica mueca
De desdén que el martirio le arrancó a su bravura,
Sin que mudos sus labios formularan un ruego
Cuando ardieron sus plantas en un baño de fuego...!

Tú, gallarda Malintzin, los cien mil episodios
De la lid de heroísmos, de venganzas y odios
Contemplaste en tu asombro con tristeza profunda
Al mirar el anhelo de tu grey moribunda
De luchar conmovida por un gran pensamiento
Defendiendo sus tierras hasta el último aliento
Contra el corto puñado de españoles audaces,
Que si bien fueron crueles, compensaron sus faltas
Aportando otro idioma, la cultura y sus altas

Creencias que enraigaron sus esfuerzos tenaces,
Y enarbolando entonces el pabellón divino,
--El lábaro que al triunfo condujo a Constantino—
En los viejos «teocallis» de paredes sombrías
Consagrados al culto de deidades impías,
Donde el Gran Cihuacoatl con fiereza inhumana
En mitad de las aras de esos dioses airados
Sepultaba el cuchillo de luciente obsidiana
En los pechos y entrañas de cautivos soldados...!

Y lucharon, lucharon esas dos fuerzas vivas
Con ahincos y rabias, conquistando esforzados
Lentamente los unos a las razas nativas,
Defendiendo los otros sus costumbres feroces,
Sus «tianquixtlis», sus ritos, sus fiestas y sus goces,
Sus oráculos llenos de una extraña poesía
Que ordenaban fundasen Tenoxtitlán en una
Isleta de Texcoco, dormida en la laguna...
Y el ejército azteca su feroz poderío
Vió menguar poco a poco y aplacado su brío;
Y lidió con rabiosa decisión, comprendiendo
Que era estéril tan santo sacrificio tremendo,
Hasta que al fin el ave de los viejos tenocas,
El águila de Anáhuac, que en las cumbres de rocas
Colocara su nido, devorando inclemente
Sostesida en la rama de un nopal la serpiente,
Fué vencida en la furia del sañudo combate,
Agotadas sus fuerzas, domeñado su embate,

Y cayó en su peñasco con el ala ya rota
Con la garra partida, de la cual gota a gota
El licor de su sangre destilaba en el suelo,
La mirada retando la pujanza del cielo;
Y el penacho de plumas de su altiva cabeza
Una vez más alzólo, circundado de gloria,
Mientras muda de asombro se detuvo la Historia
A mirar cómo el ave de sublime fiereza
Desplomóse abrumada por su propia grandeza...!

* * *

El rodar de los siglos transformó el escenario,
Sólo restos quedaron de esa magna Odisea;
Rotas piedras que fueron un altar sanguinario,
Tradiciones que evocan la salvaje pelea,
Y una fuente de gloria donde Anáhuac y España
Los laureles refrescan de la cruenta campaña!

Mas venciendo los siglos un poema perdura:
El poema que resta es de amor y dulzura
Que inició la Malintzin con un beso al hispano
Cuando el afán rindióse del gentil castellano...
Hoy los odios se fueron y murió la cizaña,
Olvidaron rencillas Tenochtitlán y España
Y es la sangre una misma; y es la lengua una sola
Que nos legó cual gema la nación española!

Washington, 1917.

Lulú

Lulú monta al corcel de un salto leve
Y saludando al público con breve
Inclinación graciosa de cabeza,
Deja escapar la brida de la mano
Y su cuerpo flexible se endereza;
Con desdén soberano
Mira el peligro al hostigar al potro
Que lanza a la carrera,
Mientras ella ligera
Ya de un lado se inclina, ya del otro,
Irguiendo de su talle la finura
Y en un pie se mantiene en la montura!

La muchedumbre aplaude entusiasmada
Ante aquella mujer que la domina
Cuya existencia por un lauro juega
Sintiéndose feliz acariciada

Por el triunfo que embriaga y que fascina
Y al destino sonriendo se doblega!

Ella en la multitud sus ojos clava
Y encuentra al hombre que buscando estaba
Quien revela su angustia en el semblante
Y trémulo la mira suplicante
Pidiéndole que cese su agonía
Y suspenda la suerte . .
Que la pone a las puertas de la muerte;
Mas Lulú con feroz coquetería
De su inquietud burlándose traviesa
El potro azuza en su carrera loca,
Y mirando al galán sonríe y provoca
Y en su risa parece que le besa
Y ondula cual voluble mariposa
Más rápida que el mismo pensamiento;
Después su agilidad maravillosa
Con rítmico y variado movimiento
Sugiérele actitudes increíbles;
Afírmanse sus pies en la montura
Como juncos flexibles
Y en el vértigo gira de locura
Plegado el traje a la gentil cintura;
Y al asombrado público cautiva
Que en su inquietud y en sus angustias calla;
Lulú levanta al terminar su altiva
Y hermosa faz y la ovación estalla!

De su corcel desciende
En medio del aplauso delirante;
Y en sus mejillas el carmín se enciende
Y su seno nevado y palpitante
Cual nunca late de emoción y orgullo
Bajo el tul transparente de su encaje
Recibiendo el espléndido homenaje
Que en extraño murmullo
De víctores y dianas confundidos
Resuena vagoroso en sus oídos.

Mientras tanto la arena
Con las rosas que cuéntanse a montones
—Emblemas de rendidos corazones—
Convirtióse en floresta;
Y las notas vibrantes de alegría
En la atmósfera vuelcan su armonía
Como un himno de amores de la orquesta...

Y escuchando las frases lisonjeras
Sobre la alfombra que su planta pisa
Matizada de rosas hechiceras,
El mármol de sus hombros que provoca
Moviéndose parece que deslumbra;
Entreábrense los rojos
Corales que se engarzan en su boca;
Y lucen su altivez en la penumbra
De las pestañas sus divinos ojos

Y el circo de entusiasmo se estremece,
¡Y el vértigo de gloria la enloquece!

* * *

¡Mísero triunfo! ¡Vanidad maldita
Que la desgracia de un hogar decide
Y atrayendo a Lulú la precipita
A un abismo fatal que nadie mide!

¿Por qué tras la ventura de un instante
La horrible pesadumbre de una vida
Y después del aplauso delirante
La vergüenza y horror de la caída?

¿Fué un momento de trágica locura
Que la aguja marcara del destino?
¿Fué acaso la embriaguez de su hermosura
La que empujó a Lulú por el camino
De los placeres de un amor impuro
Que de lodo salpica
El cristal del honor, límpido y puro,
Que un soplo mancha y el aliento empaña...?

¡Apoteosis extraña!
¡Fascinación hacia el peligro ignoto!
¡Vértigo de grandeza en que se ha roto
El vaso que el perfume mantenía
De la virtud que se perdió en la orgía!

¡Noche fatal de gloria
En que Lulú, sintiéndose vencida
Por la obsesión tenaz, pactó la huída,
Dejándose arrastrar por la ilusoria
Esperanza de ensueños y placeres,
Sin ver que el oropel oculta escoria;
Y rompiendo el altar de sus deberes
Decidióse a desviarse del austero
Camino del honor, hacia el sendero
Que lleva al tenebroso precipicio
En cuyo fondo se columbra el vicio...

II.

En el vasto interior del camerino
Donde guarda la seda de los trajes
Y el tejido sutil de los encajes
El perfume divino
Del admirable cuerpo femenino
De la bella Lulú, tranquila juega
Una linda bebé de diez abriles
Mientras su madre al aposento llega;
Sus gracias infantiles
Translúcense en la luz de su mirada;
Y la niña agraciada
En el medio fatal que la rodea,
Como tórtola cándida aletea
Sin manchar de sus plumas la blancura,

Sin que en su pecho la maldad se encienda
Cual voraz llama impura,
Porque intacta consérvase la venda
Que ocúltale a sus ojos el inmundo
Fango en que vive y se revuelca el mundo!

Tiene Luz cual trigal rubio el cabello
Que en artísticos bucles descendía
Acariciando su nevado cuello,
Cuya mate blancura interrumpía
La fina red de sus azules venas;
Y brilla en sus ojitos un destello
Que revela candores y dulzuras,
Sin que amarguen las hieles de las penas
Sus infantiles ilusiones puras;
Cuatro años hace que aprendió los pasos,
Los ritmos y cadencias de la danza,
Y a bailar entre el público se lanza
Los pies pequeños y los tiernos brazos
Al compás de la música moviendo;
Y en las rápidas curvas muestra riendo,
Su mano al levantar su trajecito
Sin gota de malicia el cuerpecito
En formación como capullo esbelto
Entre la red de pétalos envuelto!

Escuchando unos pasos que conoce
De repente la niña se endereza

Y al levantar la frente con viveza
En sus ojitos se retrata el goce
Y el oro de sus rizos se estremece;
A la entrada se lanza presurosa
Esperando a su madre que estuviese
Más próxima a la puerta
En el dintel se esconde cautelosa,
Y con brusco ademán que desacierta
Al penetrar extiéndele los brazos
Y riendo hacia Lulú se precipita,
Uniéndose con ella en sus abrazos
Y busca las caricias maternales;
Plegándose amorosa su boquita
Se ofrece cual la miel en los panales;
Y loca de entusiasmo y de alegría
—¡Ya te asusté, mamá ¿no me esperabas
Verdad?... la niña en su candor decía
¿No es cierto que ni tú te imaginabas
Que detrás de la puerta me escondía?

—Dame un beso, mamá, ¿mucho me quieres...?
Y cuando el beso maternal sentía:
¡Oh qué buena, mamita, qué buena eres
La inocente criatura repetía
Y feliz en su amor se sonreía...

En el alma contrarios sentimientos
De la madre con fuerza se agitaron

Al eco de la tierna vocecita
Y profundos y nobles pensamientos
Al brotar en su mente le llevaron
Del tibio hogar la evocación bendita!

El placer por un lado; el compromiso
Que con su amante de escapar contrajo,
La visión de ese amor. cual paraíso
Sin miserias fatigas ni trabajo;
Y el cuadro que en su anhelo imaginaba
De opulencia, de luz y de alegría
Que con goce secreto fomentaba
Y en éxtasis veía
En su glorioso porvenir sonriente
Cruzó como un ensueño por su mente!

Mas junto a la visión esplendorosa
De aplausos y de triunfos y alegría
Á la voz de la niña cariñosa
Un noble impulso por su mente pasa
La virtud presentándole por norma
Y le recuerda que el amor transforma
En un santuario su modesta casa!

Lulú llama a la niña, que obediente
Vuela al tibio regazo presurosa
Y tiende al beso maternal la frente;
Pero la madre que en su pecho siente

La tentación odiosa
Vencida al lado de su tierna hijita,
Entre sus brazos toma a la criatura,
Oprímela en su seno que palpita
Con inmensa ternura;
Y el pecho dolorido desahogando,
Ungió amorosa la gentil boquita
Con sus labios amantes
Y abrazó a la pequeña sollozando
Con angustia infinita...

—¿Qué te pasa, mamá, qué es lo que tienes?
Le dijo con presteza
Levantando su cándida cabeza:
Y en respuesta cayeron en sus sienes
Dos lágrimas ardientes, y en seguida
Sintió que la besaban en la boca,
En la frente de nácar, escondida
Entre los rubios bucles; en el cuello
Que la blancura de azucena evoca,
En su fresca mejilla, en su cabello;
Y ante el dulce calor de tal ternura
Se ocultó sollozando la criatura,
Como un refugio en el materno seno
Sin saber asombrada que conjura
Con su cariño la tormenta impía,
Mientras sintiendo de entusiasmo lleno
El corazón que a la virtud se abría
Lulú sorbiendo lágrimas reía...

A Francia, la Inmortal

Desde el Bósforo azul donde se ostenta
Bajo dosel de estrellas la Sultana
Hasta la cumbre alpina do revienta
El huracán contra el picacho enhiesto,
Desde París hasta la Rusia insana
Donde el extraño por traición se ha impuesto,
Por todas partes el incendio ruge
Arrasando ciudades y naciones,
El edificio de los hombres cruje.
Minados por el fuego sus bastiones
Y salvando los mares se difunde
La pavorosa llama,
Mientras el mundo ante el temor que infunde
La solución del estupendo drama
Interroga a los cielos angustiado
Si libre ha de vivir o encadenado;
Si la sangre que a mares se derrama

En el campo de mártires tendido
Ha de perderse en sacrificios vanos
O ha de abonar el germen bendecido
De libertad y del derecho humanos...!

En la ansiedad inmensa del presente
Cuando aguarda la Historia
El fallo trascendente
Que incline la balanza a la victoria,
La Humanidad concentra su esperanza,
Su aspiración de gloria,
Sus sueños de pacífica bonanza
En un nombre que encarna la hidalguía;
En un pueblo trasunto de heroísmo
Que se agiganta en la feroz porfía
Y vence en las orillas del abismo
Domeñando del Kaiser la arrogancia;
En un nombre que alumbra por sí mismo
Porque es espíritu y es luz: ¡la Francia!

La Francia, sí, la Francia que resiste
Del agresor el furibundo embate
Que intenta aniquilarla en la embestida,
La Francia que hoy existe
Porque sus hijos por guardar su vida
Han perdido la suya en el combate!

Y así se yergue dolorida y noble
Ostentando la doble

Corona del martirio y la victoria.
Mientras surgen cual lampos de su gloria
Que a manera de rastros
Marcan su derrotero por la historia,
Del Marne y de Verdún los nuevos astros!
Mas no es ahora la ocasión primera
En que la sangre de la Francia fuera
Vertida en pro del ideal sublime
Del humano linaje;
La invicta espada que con brillo esgrime
Y pára el golpe de furor salvaje
Es el acero que tornara abiertas
De la Bastilla las vetustas puertas
Y sostuvo en las épicas jornadas
Del Nueve Thermidor y del Brumario
Las conquistas al trono arrebatadas
Por un principio popular fecundo
Y el fuego libertario
Una chispa del cual prendió la tea
Que alumbró sostenida por la idea
La magna redención del Nuevo Mundo!

Hoy es más escabrosa la tarea
Y de mayor pujanza;
El enemigo a conquistar se lanza
Del mundo el señorío;
Bélgica sufre su martirio estoica
Bajo las fauces del jaguar prusiano

Sin que se apoque su ánimo bravío;
La exangüe Servia se revuelve heroica
En las garras del búlgaro inhumano,
Rumania al yugo la cerviz doblega,
El eslavo coloso se desploma
En el infecto charco de anarquía
Y al intrigante vencedor se entrega
Mientras en Rusia descarnada asoma
Su faz el hambre cual siniestra harpía...
Sólo existe un reducto inexpugnable
Que detiene del Kaiser las legiones:
¡Es de Francia el espíritu indomable
Que alienta y fortifica a las naciones
Coaligadas con ella en el combate,
En tanto que en la lid por el derecho
Transplantado en su pecho
El corazón del universo late!

¡Cuna de Lamartine y de Víctor Hugo
De Condé, de Turena y Bonaparte,
Nación rebelde al extranjero yugo,
Fortísimo baluarte
Donde la espada del teutón se mella
Y su prestigio militar se estrella,
No permitas que ceda tu bravura
Al terrífico golpe del coloso;
Tras la caparazón de tu armadura
Tu pecho generoso

Palpita por los nobles ideales
Que condensan del mundo la esperanza
Y te hicieron salir a la palestra
Defendiendo principios cardinales
De lesa humanidad, con la pujanza
De que es capaz tu formidable diestra...
¡Nada importa que en su ira
Tus góticas y egregias catedrales
Reliquias de los tiempos medioevales
Cual sacrílega pira
Incendie en su despecho el enemigo
Reclamando en su audacia tu castigo;
Nada importa que caigan tus soldados
Por tu límpido honor sacrificados;
Sus tumbas son constelación de estrellas
Y cuando fijes tu mirada en ellas,
Piensa en la inmensidad de tu destino;
¡Abra tu acero al Ideal camino,
Salva contigo al Universo, Francia
O muere con el gesto de Numancia!

Washington, julio de 1918.

Por la Senda que Lleva a la Cumbre

Al Magisterio de las Escuelas Municipales de la ciudad de México, afectuosamente

El turbión desatado de la lucha intestina
Difundió en un decenio el dolor y la ruina.
Cómo brota la sangre cual inmenso torrente!
¡Cómo mueren por miles los retoños queridos
De la Patria llorosa, de la Patria doliente!
¡Cuán injusta la suerte que vació tantos nidos,
Que vertió tanta sangre, que truncó tantas vidas
Como flores abiertas por el cierzo abatidas,
Que esparció la venganza como un trágico anhelo
Y enlutó de tristeza la rotonda del cielo!

¡Oh, mi Patria querida agobiada a dolores,
Que contemplas el cuadro de feroces rencores,
De rencillas y odios que alimentan tus hijos
Y en fracaso convierten tus afanes prolijos
De crear en el suelo mexicano fecundo

Un vergel predilecto, un oasis del mundo
Velado en las alturas por el ojo igniscente
De tu Popocatépetl e Ixtlacíhuatl, titanes
Que impávidos resisten centurias y huracanes
Y bañan en las nubes las crenchas de su frente!

¡Oh, mi Patria querida, cómo fué el egoísmo
Arrancando uno a uno tus tesoros y dones,
Cavó bajo tu planta la sima del abismo,
Ensangrentó tu suelo y fomentó ambiciones!
¿Dónde encuentras, Anáhuac, la remota esperanza
Que perciban tus ojos en la noche sombría,
Donde, el rayo primero que en los cielos avanza
A romper las tinieblas al despunte del día...?
¿En qué fundas tus sueños, tu sagrada porfía
De ilustrar a tu pueblo, cuyas penas ignotas
Lleva al hombro cual fardo de ilusiones ya rotas,
Vegetando sin rumbo, sin timón y sin guía?

Sólo existe un sendero que a la cumbre encamina
Desprovisto de rosas, donde más de una espina
Ensangrienta las plantas del que cruza el sendero
Alentando en su pecho la fe del misionero!
Amor! amor inmenso! amor hacia la raza
Desvalida e inerme que la suerte rechaza,
Ese es el sentimiento que requiere el que asciende
Por la senda tortuosa que hasta lo alto se extiende!
Amor al sacrificio, amor hacia la infancia,

Que es un botón cerrado que exhala su fragancia,
Y lo mismo en palacios que en las chozas florece,
Donde el pobre en silencio sus miserias padece!

Amor! ese es el lema, ese es el distintivo
De quien cruza la senda que conduce a la cumbre,
Del maestro que endulza con aquel lenitivo,
Las secretas torturas, la fatal pesadumbre
De ese pueblo ignorante que entre sueños anhela
Amenguar a sus hijos sus inmensos pesares
Y mira con respeto los muros tutelares,
Dó las almas de niños el maestro modela
En el templo sagrado del Deber: en la Escuela!

¡Qué labor gigantesca se le brinda al maestro
Al amainar un poco el vendabal siniestro:
Hacer de esos infantes ciudadanos conscientes
Que en años venideros dediquen sus potentes
Esfuerzos a una obra de concordia y amores
Redimiendo las culpas de sus antecesores;
Formar el contingente de la Patria futura,
Que funde en el trabajo su sólida ventura
Y contemple a sus hijos concentrando su anhelo
En gozar las riquezas de su pródigo suelo
En la paz bendecida, en la quieta bonanza
Que se divisa apenas cual faro en lontananza!

Y la raza de bronce que templó en heroísmo
Su espíritu insondable, como boca de abismo,

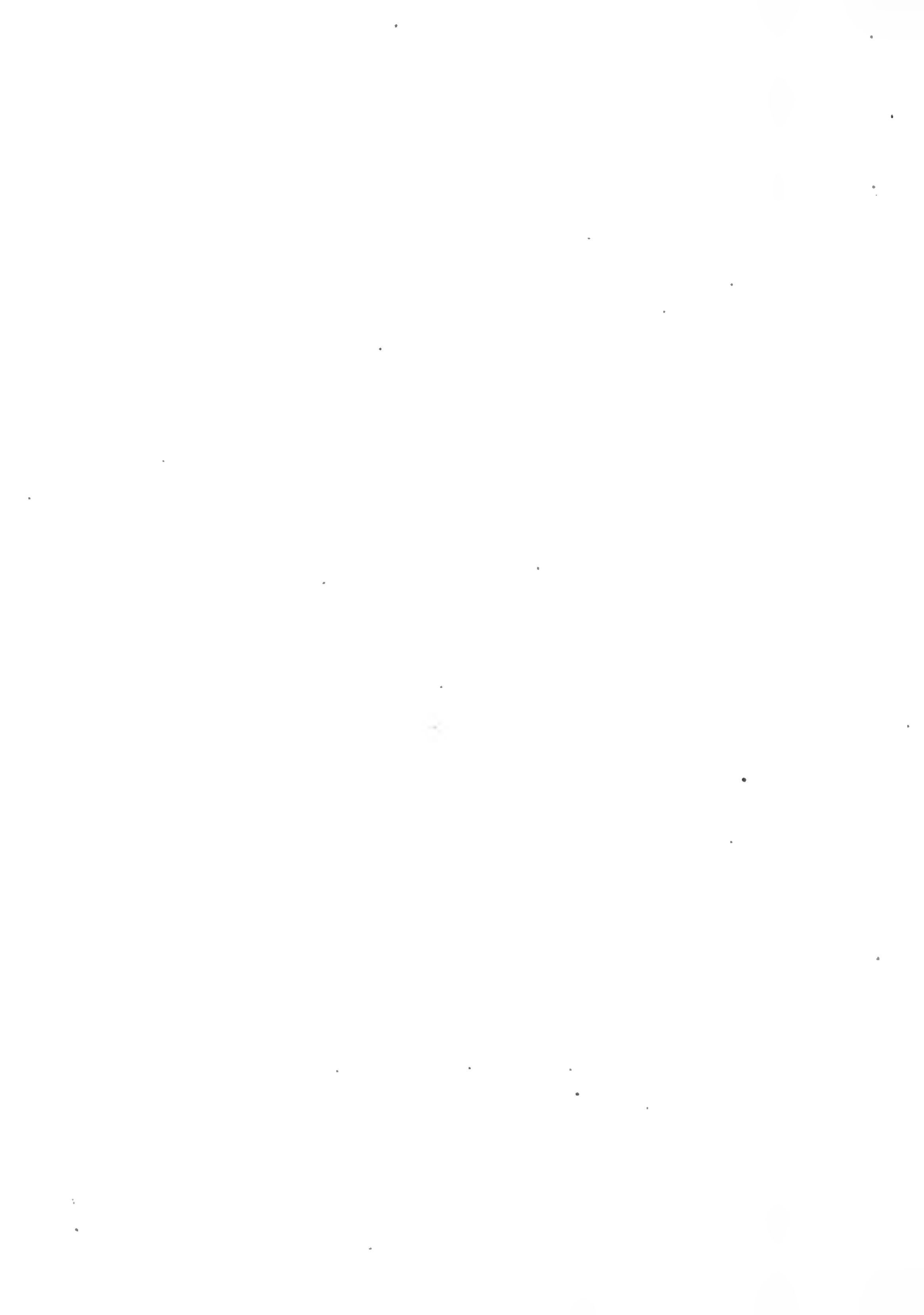
La estirpe de Cuauhtémoc y del bravo Cuitláhuac
Que del valor hicieron un símbolo en Anáhuac,
Y cayeron cual reyes de una tribu vencida
Arrastrando consigo su trono en la caída,
Esa raza del indio que su pasado añora
Y sufre en su mutismo, escéptica y herida,
Ha de mirar acaso un resurgir de aurora
Cuando abreve en la fuente de instrucción la enseñanza
Y alumbre su cerebro la luz de la esperanza!

Oh, maestro! ¡Cuán grande la labor que te espera
Si llevas en el alma la fe que regenera,
Si sufres en silencio, si buscas el consuelo
De tus penas amargas en el místico anhelo
De formar en tu raza un espíritu fuerte
Trascendiendo tu impulso más allá de la muerte!

La Patria dolorida, la Patria exangüe y mustia
Contempla el horizonte poseída de angustia
Y fija sus miradas con trágica zozobra
En la Escuela, maestro, que es tu vida y tu obra!
Y en la escuela ella cifra su sagrada porfía
De ilustrar a su pueblo, cuyas penas ignotas
Lleva al hombro, cual fardo de ilusiones ya rotas,
Vegetando sin rumbo, sin timón y sin guía...

Y tú, maestro heroico, que las fuerzas agotas
Enseñando a los niños con tesón y dulzura

Y modelando el alma de la raza futura,
En la lóbrega noche del fracaso de ideales,
Cuando azotan la Patria siniestros vendabales
Tú la senda recorres que a la cumbre encamina,
Desprovista de rosas, donde más de una espina
Ensangrienta las plantas del que cruza el sendero
Alentando en su pecho la fe del misionero...



INDICE

Página

Erratas Notables

Pág.	Línea	Dice	Debe decir
6	11	Encarnaron gloriosos	Encarnaron gloriosas
9	13	Te acercas a	Te acercas al
18	4	Dande	Donde
22	7	Quizo	Quiso
23	13	De su rara aventura	De su rara ventura
47	3	De congojas que mue- (re	De congojas que mue- (ren
47	15	abraza	abrasa
51	10	Reclama a amores	Reclama amores
63	9	Al mirar en su páni- (co que se arde	Al mirar en su páni- (co cómo arde
66	3	Su vigor se a abate	Su vigor se abate
68	118	El finísimo pelo de (amatista	El finísimo peplo de (amatista
79	17	Santidas	Sentidas
98	25	Con un gelpe brutal	Con un golpe brutal
90	10	Cruxifición	Crucifixión
91	19	Cuando de sed el co- (razón se queja	Cuando de sed el Sal- (vador se queja
97	24	Lo que impulsó	La que impulsó
98	3	Y los fueos	Y los fueros
98	15	De la trágica	En la trágica
98	18	intangible desapare- (ció	intangible despareció
99	6	Cuyas peñas semejan	Cuyas moles semejan

PB-6-13
J

